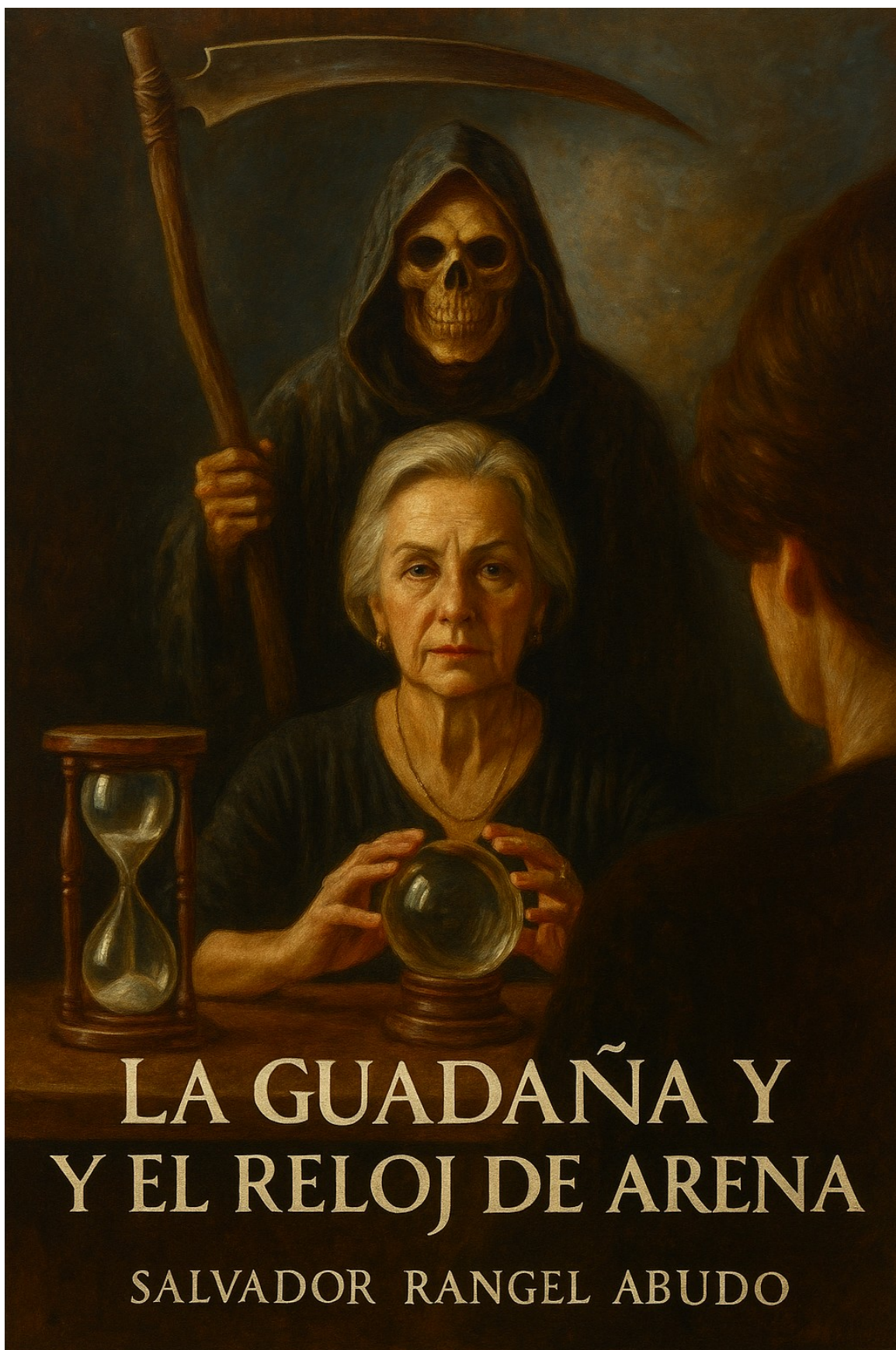




LA GUADAÑA Y Y EL RELOJ DE ARENA

SALVADOR RANGEL ABUDO

LA GUADAÑA Y EL RELOJ DE ARENA

Novela de comedia negra y humor absurdo

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Perséfone es una charlatana de barrio tan honesta en su deshonestidad que ha convertido la estafa emocional en un servicio público: vende esperanzas baratas a corazones desesperados con la misma convicción con que un boticario despacha aspirinas vencidas para el dolor existencial. Su bola de cristal tiene más grietas que un matrimonio de políticos, sus cartas del tarot parecen radiografías de huesos fracturados, y su única habilidad sobrenatural real es leer zapatos, manos y miradas para decirle a cada cliente exactamente lo que quiere escuchar.

Pero el destino —ese bromista cósmico que juega dados con el universo y apuesta contra las expectativas humanas— tiene preparado para ella un regalo envenenado: el don más terrible y cómico que se pueda imaginar. La capacidad de ver, con una claridad brutal y sin excepción, el momento exacto en que cada persona abandonará este mundo y la forma precisa en que lo hará. Con lujo de detalles que incluyen, pero no se limitan a, posición final del cuerpo, expresión facial post mortem, y si habrá o no flatulencias involuntarias en el momento del tránsito.

Todo, excepto su propio final. Porque el universo tiene sentido del humor, pero también tiene sindicato.

Lo que comenzó como un accidente se convierte en un negocio macabro más próspero que una funeraria en época de pandemia. Lo que empezó como un don se transforma en una maldición con horarios de oficina, obligaciones fiscales y visitas inesperadas de la Parca en persona —probablemente vestida como contadora pública— para recordarle que hay líneas que no se deben cruzar y formularios que deben llenarse en triplicado antes de cualquier transición existencial.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene, en dosis deliberadamente excesivas:

Humor negro de alta concentración sobre la muerte, el destino y la burocracia cósmica

Situaciones absurdas que rozan lo grotesco con la elegancia de un ballet de esqueletos

Ironía sostenida sobre la condición humana, la fe popular y la industria del esoterismo

Personajes entrañablemente desesperados que invitan a la risa y al reconocimiento simultáneos

Apariciones de entidades sobrenaturales con problemas administrativos y vocación de trámite

No contiene violencia explícita. Sí contiene referencias irreverentes a la muerte, el más allá y la administración pública. No recomendada para lectores sin sentido del humor o con alergia documentada a la ironía existencial.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado. En *La guadaña y el reloj de arena* demuestra que la misma mente que construye thrillers científicos con rigor clínico es perfectamente capaz de imaginar una vidente de barrio a quien el universo le cobra la factura de sus mentiras con intereses cósmicos. Esta novela es, entre todas sus obras, la que más libremente juega: con la muerte, con el absurdo, y con esa verdad incómoda de que todos somos clientes de Perséfone aunque nunca hayamos pisado un mercado esotérico.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La Guadaña y el Reloj de Arena

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Comedia negra / Humor absurdo / Ficción sobrenatural

Extensión: 20,521 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 8 capítulos + Epílogo

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta historia nació de una pregunta que parece filosófica pero es en realidad profundamente práctica: ¿qué haría una persona completamente deshonesto si de repente le dieran el don más honesto que existe? Perséfone no es una heroína ni una villana. Es algo más incómodo: un espejo. Alguien que nos recuerda que todos queremos saber lo que no deberíamos saber, y que estamos dispuestos a pagar cualquier precio por arrancarle sus secretos a la vida, aunque esos secretos vengan con manual de instrucciones en idioma muerto y garantía vencida.

El humor negro no es cinismo disfrazado de ingenio. Es, en el mejor de los casos, una forma de mirar de frente lo que más nos aterra —la muerte, el tiempo, la irreversibilidad de las cosas— sin que nos paralice. Perséfone nos hace reír de la muerte porque si no nos reímos, tendríamos que pensar en ella en serio. Y eso, como ella misma diría, requeriría formularios adicionales.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

comedia negra · humor absurdo · muerte · destino · esoterismo · charlatana · don sobrenatural · burocracia cósmica · México · mercado popular · ironía · ficción sobrenatural · novela en español · lo macabro · humor existencial

TEMAS PRINCIPALES

La muerte como territorio cómico: lo que el humor negro revela que la solemnidad oculta

La industria de la esperanza: quienes venden certezas en un mundo fundamentalmente incierto

El don como maldición: el precio de saber lo que nadie debería saber

La burocracia del más allá: la muerte como institución con procedimientos, formularios y jerarquías

El negocio de la fe popular y la desesperación como motor del mercado esotérico

La ironía de verse reflejado en quien menos se quisiera parecerse

El libre albedrío frente al destino: ¿puede cambiarse lo que ya está escrito?

CITAS DESTACADAS

"La bola de cristal de Perséfone tenía más grietas que un matrimonio de políticos y brillaba tanto como las promesas electorales en época de veda."

"Era un negocio honesto en el sentido de que era consistentemente deshonesto."

"El destino —ese bromista cósmico que se divierte jugando dados con el universo y apostando contra las expectativas humanas— tenía preparado para ella un regalo envenenado más retorcido que un pretzel filosófico."

"Todo, excepto su propio final. Porque el universo tiene sentido del humor, pero también tiene sindicato."

"La gente no venía a ella porque creyera en la magia, sino porque la realidad les había dado tantas bofetadas que preferían vivir en la ilusión."

"Todos somos un poco como los clientes de Perséfone: curiosos morbosos que queremos saber lo que no deberíamos saber."

"En este relato, como en la vida misma, nada es lo que parece, y todo es exactamente lo que temes que sea."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores de las siguientes obras encontrarán en esta novela un parentesco narrativo inmediato:

Terry Pratchett (serie Mundodisco, especialmente *Mort* y *Pies de Barro*): la Muerte como personaje burocrático con problemas de comunicación interpersonal

Tom Robbins (*Still Life with Woodpecker*): el absurdo como filosofía narrativa y la irreverencia como método de verdad

José Agustín y el humor negro mexicano: la ironía sobre la muerte con sabor a mercado, telenovela y tequila barato

Christopher Moore (*A Dirty Job*): el ciudadano común al que el destino le asigna funciones sobrenaturales sin manual de usuario

Dentro de la narrativa mexicana en español, la novela dialoga con la tradición del humor que convive con la muerte desde el Día de Muertos hasta la caricatura política: esa capacidad nacional de reírse de lo irremediable sin que la risa quite el peso de lo que es irremediable.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Perséfone estafa a sus clientes pero el narrador la presenta con simpatía. ¿Justifica la novela su deshonestidad? ¿O la condena sin decirlo?

Sus clientes saben, en algún nivel, que lo que compran no es real. ¿Qué dice eso sobre la naturaleza de la esperanza y de la fe?

Cuando Perséfone adquiere el don real, su negocio se vuelve legítimo pero su vida se vuelve insoportable. ¿Es el conocimiento siempre un beneficio?

La Parca aparece como entidad burocrática con procedimientos y jerarquías. ¿Qué dice esa imagen sobre cómo concebimos la muerte en una sociedad administrada?

¿Cambiaría usted algo de su vida si supiera con exactitud cuándo y cómo va a morir? ¿O preferiría no saberlo?

El epílogo ofrece a Perséfone tres opciones ante su destino. ¿Cuál elegiría usted? ¿Cuál cree que eligió ella?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *La guadaña y el reloj de arena*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *La guadaña y el reloj de arena*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *La guadaña y el reloj de arena*. Internet Archive, 2026.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de cincuenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la narrativa histórica, la ficción médica y —como demuestra esta entrega— la comedia negra de vocación absurdistas. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay escritores que tienen una sola voz. Salvador Rangel Abud tiene varias, y esta novela es quizás la más sorprendente de todas: la de un médico que mira la muerte todos los días desde la clínica y decide, en lugar de solemizarla, reírse de ella con la precisión de quien la conoce bien.

Perséfone no es un personaje de escapismo. Es un personaje de reconocimiento. Su negocio prospera porque el miedo a la muerte y el deseo de certidumbre son dos de las fuerzas más universales y más explotables de la condición humana. Y su maldición —saber el final de todos menos el suyo propio— es exactamente la condición de cualquier

médico, cualquier lector, cualquier ser humano que vive rodeado de mortalidad ajena sin poder calcular la propia.

Al final, *La guadaña y el reloj de arena* no es una novela sobre la muerte. Es una novela sobre el tiempo: sobre lo que hacemos con él, sobre lo que pagaríamos por saber cuánto nos queda, y sobre la sospecha incómoda de que quizás sea mejor no saberlo.

Después de todo, todos tenemos un tiempo exacto programado en el gran reloj cósmico. La pregunta no es si quieres saberlo, sino si tienes los documentos en regla.

© 2026 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

ÍNDICE

PRÓLOGO: El tiempo exacto

Capítulo 1: La charlatana del barrio

Capítulo 2: El don maldito

Capítulo 3: El nuevo negocio de la muerte

Capítulo 4: Los curiosos de la muerte

Capítulo 5: Secretos familiares y herencias

Capítulo 6: La fama y sus consecuencias

Capítulo 7: La visita inesperada

Capítulo 8: El precio de la eternidad

EPÍLOGO: El tiempo de la última vidente

PRÓLOGO

El tiempo exacto

Hay quienes dicen que la muerte es el único misterio que la humanidad nunca resolverá. Otros aseguran que es la única certeza en esta vida incierta, como los impuestos o la incompetencia gubernamental. Pero ¿qué pasaría si alguien pudiera descorrer el velo de ese misterio con la misma facilidad con que se destapa una cerveza tibia en domingo de fútbol? ¿Si pudiera anunciar con precisión milimétrica cuándo y cómo llegará el final de cada historia personal, incluido el color de la ropa interior que llevará puesta el difunto en su último suspiro?

La respuesta, querido lector, es considerablemente más hilarante y perturbadora de lo que su imaginación más retorcida podría concebir.

Esta es la crónica verídica —y verificable ante notario público— de Perséfone, una mujer de mediana edad que comenzó siendo una simple estafadora de barrio, armada únicamente con una bola de cristal más empañada que el parabrisas de un taxi en temporada de lluvias y una imaginación tan fértil para inventar futuros color de rosa que habría hecho llorar de envidia a Walt Disney. Una charlatana más entre tantas,

que se ganaba la vida vendiendo esperanzas baratas a corazones desesperados, como quien vende aspirinas vencidas para el dolor de muelas existencial.

Pero el destino —ese bromista cósmico que se divierte jugando dados con el universo y apostando contra las expectativas humanas— tenía preparado para ella un regalo envenenado más retorcido que un pretzel filosófico: el don más terrible y cómico que se pueda imaginar. La capacidad de ver, con una claridad tan brutal que haría sonrojar a un documentalista, el momento exacto en que cada persona abandonará este mundo y la forma precisa en que lo hará. Todo con lujo de detalles que incluían, pero no se limitaban a: posición final del cuerpo, expresión facial post mortem, y si habría o no flatulencias involuntarias en el momento del tránsito.

Todo, excepto su propio final. Porque el universo tiene sentido del humor, pero también tiene sindicato.

Lo que comenzó como un accidente se convirtió en un negocio macabro más próspero que una funeraria en época de pandemia. Lo que empezó como un don se transformó en una maldición con horarios de oficina y obligaciones fiscales. Y lo que parecía ser poder absoluto sobre el conocimiento de la muerte resultó ser una trampa cósmica de proporciones épicas, con letra pequeña redactada por abogados celestiales especializados en cláusulas imposibles de leer sin microscopio.

En estas páginas encontrarás humor negro destilado con la precisión de un químico especializado en venenos, situaciones absurdas que rayarán en lo grotesco con la elegancia de un ballet interpretado por esqueletos, y personajes tan entrañablemente desesperados que no podrás evitar reírte de sus desgracias mientras te reconoces en ellas como en un espejo cóncavo de feria. Porque al final, todos somos un poco como los clientes de Perséfone: curiosos morbosos que queremos saber lo que no deberíamos saber, y que estamos dispuestos a pagar cualquier precio por arrancarle sus secretos a la vida, aunque esos secretos vengan con manual de instrucciones en idioma muerto y garantía vencida.

Pero cuidado, estimado lector. En este relato, como en la vida misma, nada es lo que parece, y todo es exactamente lo que temes que sea. Cuando creas que tienes todo bajo control, cuando pienses que conoces las reglas del juego, aparecerá la Parca en persona —probablemente vestida como contadora pública— para recordarte que hay líneas que no se deben cruzar, precios que son demasiado altos incluso para la eternidad, y formularios que deben llenarse en triplicado antes de cualquier transición existencial.

Así que acomódate en tu sillón favorito, prepara tu sentido del humor más negro que la conciencia de un político en campaña, y afila tu ironía más filosa que el sarcasmo de un mesero en turno doble. Esta historia te

hará reír hasta que te duela el alma, y cuando menos te lo esperes, te dejará con un escalofrío que no se irá fácilmente, como la melodía de una canción comercial especialmente irritante.

Después de todo, todos tenemos un tiempo exacto programado en el gran reloj cósmico. La pregunta no es si quieres saberlo, sino si estás preparado para las consecuencias de saberlo. Y más importante aún: ¿tienes los documentos en regla?

Salvador Rangel Abud

Cronista oficial de desastres existenciales

Capítulo 1

La Charlatana del Barrio

La bola de cristal de Perséfone tenía más grietas que un matrimonio de políticos y brillaba tanto como las promesas electorales en época de veda. Pero ahí estaba, en el centro de una mesa tambaleante cubierta con un mantel que alguna vez fue violeta y ahora lucía del color de la resignación institucional, atrayendo miradas curiosas y billeteras incautas en el mercado de San Juditas, santo patrono de las causas perdidas y los negocios dudosos.

—Las cartas nunca mienten, mi niña —le decía Perséfone a doña Remedios, una señora de sesenta años que parecía haber perdido simultáneamente la batalla contra la gravedad, la esperanza y las leyes básicas de la física capilar—. Veo un hombre moreno, alto, con bigotes...

—¿Mi Eustaquio? —interrumpió la mujer con los ojos brillantes de ilusión y cataratas incipientes.

—El mismísimo —confirmó Perséfone sin pestañear, aunque lo único que veía en su bola empañada era el reflejo distorsionado de su propia nariz, que por cierto necesitaba una depilada urgente—. Está pensando en usted en este preciso momento.

Lo que no le decía a doña Remedios era que Eustaquio llevaba quince años criando malvas en el panteón San Rafael, y que el único lugar donde podía estar pensando en ella era desde el más allá, probablemente preguntándose por qué su viuda seguía gastando la pensión en consultas esotéricas en lugar de arreglar el techo que goteaba con la puntualidad de un funcionario público llegando tarde al trabajo.

El puesto de Perséfone era una sinfonía de la desesperación humana decorada con elementos místicos comprados en el tianguis de Tepito por vendedores que probablemente ni sabían deletrear "esoterismo". Velas de parafina industrial que se hacían pasar por cirios benditos, cartas del tarot tan gastadas que los arcanos mayores parecían radiografías de huesos fracturados, y cristales que brillaban más por la grasa acumulada

de dedos desesperados que por su supuesta energía cósmica importada directamente de las minas de Hidalgo.

—¿Y volverá a mí? —insistió doña Remedios, aferrándose a su bolsa como si contuviera los restos fragmentados de su dignidad y tres pesos en monedas.

Perséfone cerró los ojos con el dramatismo de una actriz de telenovela venezolana interpretando su muerte número setecientos cuarenta y tres, y puso las manos sobre la bola de cristal con la solemnidad de quien está a punto de canalizar mensajes del más allá o, en su defecto, de inventárselos con la creatividad de un contador haciendo declaraciones fiscales.

La verdad era que había desarrollado un método infalible para leer el futuro de sus clientes: observar sus zapatos (nivel socioeconómico), su ropa (expectativas de vida), sus manos (estado civil real versus deseado), y luego decirles exactamente lo que querían escuchar con pequeñas variaciones para mantener la credibilidad. Era un negocio más predecible que las promesas electorales y más rentable que vender esperanza embotellada con etiqueta de "Hecho en China".

—Veo... veo que debe usted encender tres veladoras rojas durante nueve días seguidos —proclamó con voz grave que había perfeccionado viendo documentales de médiums en Netflix—. Y cada día, al amanecer, debe repetir el nombre de Eustaquio siete veces mirando hacia el oriente, mientras sostiene una foto suya y piensa intensamente en su amor eterno.

—¿Y eso cuánto cuesta?

—Las veladoras son mil doscientos pesos. La consulta de seguimiento, seiscientos. El ritual de protección contra interferencias espirituales, otros quinientos.

Doña Remedios suspiró como quien acepta que la felicidad tiene precio de boutique francesa y la tristeza viene gratis con la membresía de la vida. Sacó los billetes arrugados de su bolsa —los mismos que debían pagar la medicina para su artritis y el gas del mes—, y los puso sobre la mesa con la solemnidad de quien firma su propia sentencia de bancarrota emocional.

Mientras contaba el dinero con la eficiencia de una cajera de banco en quincena, Perséfone sintió esa familiar punzada de culpabilidad que solía ahogar con tequila barato y maratones de telenovelas nocturnas. Pero los remordimientos no pagaban la renta de su cuartito en la vecindad de doña Chole, donde las cucarachas habían organizado un sindicato más eficiente que el de los trabajadores del metro, y las ratas tenían más derechos laborales que los inquilinos.

—¿Sabe qué, mi niña? —le dijo doña Remedios mientras se levantaba con la dificultad de quien carga el peso de quince años de viudez mal

procesada—. Yo no creo mucho en estas cosas, pero es que uno necesita aferrarse a algo, ¿verdad?

Y ahí estaba la frase que perseguía a Perséfone en sus insomnios como un comercial de colchones a las tres de la mañana: la gente no venía a ella porque creyera en la magia, sino porque la realidad les había dado tantas bofetadas que preferían vivir en la ilusión. Eran refugiados emocionales de sus propias vidas, náufragos existenciales que pagaban por salvavidas de cartón pintado y garantía vencida.

El siguiente cliente era don Jacinto, un hombre calvo como rodilla de monja pero con la vanidad intacta de un galán de cine mudo que se niega a aceptar que el sonoro llegó para quedarse. Se sentó con ceremonia y se acomodó los pocos cabellos que le quedaban como si fueran la melena de un león en temporada de apareamiento.

—Quiero saber si mi esposa me engaña —dijo sin preámbulos ni cortesías sociales.

Perséfone no necesitaba poderes sobrenaturales para resolver ese misterio tan obvio como anuncio de cerveza en horario estelar. Don Jacinto tenía todas las señales del marido cornudo clásico: esa mirada de perro abandonado en gasolinera, la paranoia que se asomaba por los poros como sudor de nervios, y sobre todo, esa necesidad desesperada de confirmación que solo tienen los hombres que ya saben la respuesta pero esperan estar equivocados como quien compra boletos de lotería.

—Dame algo que le pertenezca a ella —pidió Perséfone, preparándose mentalmente para otro espectáculo de circo emocional con funciones a las dos y cuatro de la tarde.

Don Jacinto sacó un pañuelo con iniciales bordadas que olía a perfume barato del que venden en el metro y a secretos mal guardados en cajones con llave. Perséfone lo tomó, cerró los ojos, y se sumergió en su rutina de siempre: respiración profunda que había aprendido en videos de YouTube, fruncimiento de ceño artísticamente calculado, y ese temblor en las manos que había perfeccionado viendo películas de médiums protagonizadas por actrices que claramente nunca habían visto un fantasma ni en Día de Muertos.

—Veo... veo una sombra masculina cerca de ella —murmuró con voz de ultratumba—. Alguien más joven, con el cabello... abundante y con aire de vendedor de seguros exitoso.

Don Jacinto se puso del color de un jitomate maduro en oferta y apretó los puños como si quisiera estrangular a la infidelidad misma junto con todos sus antecedentes familiares.

—¿Quién es? ¿Lo conozco? ¿Es del trabajo? ¿Es el del gas? ¡Siempre sospeché del del gas!

—Las visiones no son claras como canal de televisión abierta... necesitaríamos varias sesiones para sintonizar mejor la señal espiritual...

—¿Cuánto?

—Tres sesiones de mil pesos cada una, más materiales especiales para neutralizar las interferencias astrales.

Y así transcurrían los días de Perséfone, vendiendo mentiras piadosas a corazones rotos y recogiendo los pedazos de dinero que la gente estaba dispuesta a pagar por un poco de certidumbre en un mundo tan incierto como el pronóstico del tiempo en temporada de huracanes. Era un trabajo honesto en el sentido de que era consistentemente deshonesto, y ella se había convencido de que proporcionaba un servicio público tan legítimo como el derecho humano a la autocompasión organizada y facturada por adelantado.

Al final del día, cuando recogía sus trastos místicos y contaba las ganancias con la satisfacción de una cajera de banco en día de pago, Perséfone se preguntaba si no sería ella la más engañada de todos. Porque mientras sus clientes al menos compraban esperanza —aunque fuera esperanza pirata sin garantía—, ella se había quedado sin ilusiones propias, como un vendedor de sueños que había olvidado cómo dormir y que compraba café instantáneo con su propio dinero.

La ironía más cruel era que, rodeada de gente desesperada por conocer su futuro, ella era la única que no tenía ni la más remota idea de lo que le depararía el destino. Vivía al día, improvisando su propia existencia con la misma creatividad con la que inventaba las vidas de sus clientes, como una actriz de método que se había quedado atrapada en el personaje.

Pero el destino —ese director de cine cósmico con tendencias al thriller psicológico y presupuesto ilimitado— ya había empezado a rodar la película de su vida. Y como en todas las buenas historias de Hitchcock, lo que parecía ser el final del primer acto era apenas el comienzo de una trama mucho más retorcida, divertida y peligrosa que cualquier cosa que Netflix hubiera producido jamás.

Esa noche, mientras Perséfone se preparaba para otro día de mentiras profesionales con horarios de oficina, el universo se frotaba las manos con la malicia de un guionista que acaba de inventar el giro perfecto y que ya tiene reservado el lugar en la ceremonia de premiación cósmica.

La vida, como descubriría muy pronto, estaba a punto de ofrecerle un cambio de carrera que no había solicitado, no deseaba, y definitivamente no había incluido en su currículum vitae.

Capítulo 2

El Don Maldito

La revelación llegó un martes por la tarde, entre el aroma a quesadillas rancias y el sonido de una sirena de ambulancia que parecía lamentarse por el estado general de la humanidad. Perséfone estaba atendiendo a

su cliente más insoportable: la señora Florencia Cáceres de Mondragón, una mujer que había convertido la hipocondría en arte contemporáneo y la queja en patrimonio cultural inmaterial de la humanidad.

—Me duele aquí —decía señalándose el pecho con dramatismo que habría hecho llorar de envidia a Sarah Bernhardt—, y aquí —ahora el estómago—, y definitivamente aquí —concluyó apuntando a su cabeza, aunque Perséfone sospechaba que ahí el dolor era crónico desde el parto.

La señora Florencia tenía setenta y dos años pero aparentaba doscientos. No por vejez, sino por una acumulación sistemática de neurosis que la había convertido en un museo viviente de enfermedades imaginarias. Coleccionaba síntomas como otros coleccionan estampillas, y su récord personal era haber padecido simultáneamente un infarto, un derrame cerebral y una apendicitis aguda que resultaron ser gases de frijoles mal masticados.

—Las cartas me dirán si es cáncer, ¿verdad? —preguntó con esa mezcla de terror y esperanza que caracteriza a quienes necesitan que sus miedos se confirmen para sentirse protagonistas de su propia telenovela médica.

Perséfone suspiró y extendió las cartas con el automatismo de quien lleva años interpretando el mismo guion sin aumentos salariales. Pero cuando volteó la primera carta —La Torre— algo extraño sucedió. La imagen comenzó a moverse como un televisor de los setenta mal sintonizado, y en lugar del típico rayo destruyendo una construcción medieval, vio algo completamente diferente.

Vio a la señora Florencia, pero no como estaba ahora, sino como estaría el próximo jueves a las 3:47 de la tarde, horario del centro. La vio tropezar con su propio gato, Napoleón Bonaparte (así se llamaba el felino, porque según su dueña tenía "aires de grandeza y tendencias expansionistas"), caer aparatosamente y fracturarse la cadera con el sonido característico de una galleta quebrándose. La vio en el hospital, rodeada de doctores que finalmente tendrían que lidiar con una emergencia real en lugar de sus habituales fantasías médicas. Y luego la vio morir el domingo siguiente a las 11:23 de la mañana, no por la fractura, sino por un paro cardíaco causado por la emoción de tener, por fin, una enfermedad genuina que justificara setenta años de quejas.

Perséfone parpadeó varias veces, convencida de que el calor y los vapores del puesto de tacos de doña Chonita le estaban causando alucinaciones de grado profesional. Pero la visión persistía con una claridad que habría hecho llorar de envidia a cualquier director de cinematografía.

—¿Qué ve, mi niña? —preguntó la señora Florencia, inclinándose sobre la mesa con la ansiedad de quien espera malas noticias como regalo de Navidad adelantado.

—Yo... veo... —Perséfone tragó saliva que sabía a metal y miedo— veo que debe tener mucho cuidado el jueves. Especialmente por la tarde.

—¿Por qué? ¿Qué pasa el jueves? ¿Me muero el jueves?

—Solo... tenga cuidado donde pisa. Y tal vez sería bueno que visitara al médico. Un chequeo general preventivo.

La señora Florencia se fue más feliz que niño en juguetería, convencida de que sus males imaginarios habían sido validados por las fuerzas cósmicas y que finalmente tendría algo interesante que contarle a sus vecinas en la próxima reunión del comité de chismes del edificio.

Perséfone se quedó sola, mirando las cartas como si fueran explosivos sin detonar con manual de instrucciones en chino mandarín.

Decidió hacer una prueba. Cuando llegó su siguiente cliente —don Aurelio, un jubilado que venía cada semana para preguntar por los números de la lotería con la persistencia de un vendedor de aspiradoras—, se concentró intensamente mientras extendía las cartas. Y ahí estaba de nuevo: la visión, clara como documental de National Geographic.

Vio a don Aurelio el próximo miércoles, comprando su boleto de siempre en la miscelánea de doña Rosa. Lo vio revisar los números del sorteo nocturno, darse cuenta de que había ganado cincuenta mil pesos, gritar de emoción con un volumen que despertaría a tres cuerdas a la redonda, sufrir un infarto por la impresión, y morir camino al hospital con el boleto ganador apretado en su mano derecha, sonriendo como quien acaba de descubrir el sentido de la vida.

Esta vez Perséfone no pudo contenerse:

—Don Aurelio, si algún día se gana la lotería, tómese un té de tila antes de revisar los números.

El hombre la miró como si le hubiera sugerido que se casara con su chihuahua.

—¿Para qué, niña? Si me gano la lotería, lo que necesito es una botella de tequila para celebrar hasta que se me olvide mi nombre.

—Créame, don Aurelio. Té de tila. Con mucha azúcar. Y mejor siéntese antes de revisar los números.

Durante las siguientes horas, Perséfone experimentó con cada cliente que llegaba como científica loca en laboratorio clandestino. Y con cada lectura, las visiones se volvían más nítidas, más detalladas, más perturbadoramente precisas. Podía ver no solo cuándo morirían, sino dónde, cómo, qué llevaban puesto, y hasta qué habían desayunado en su último día.

Al final del día, Perséfone estaba aterrorizada y fascinada a partes iguales, como quien descubre que puede volar pero solo hacia abajo. Había pasado años mintiendo sobre el futuro, y ahora que podía verlo

realmente, descubriría que era mucho más macabro y absurdo de lo que cualquier telenovela podría inventar.

Esa noche, en su cuartito donde las cucarachas habían establecido una democracia participativa, se puso frente al espejo con sus propias cartas. Si podía ver la muerte de otros, lógicamente debería poder ver la suya propia.

Extendió las cartas con manos temblorosas. Nada. Intentó con la bola de cristal. Nada. Probó con las líneas de su mano, con péndulos, con granos de café, con todo método adivinatorio que había aprendido en YouTube. Pero su propio futuro permanecía tan opaco como su historial crediticio.

Era como si el universo le hubiera dado el poder de ser testigo de todos los finales, excepto del suyo propio. Como un director de cine que puede ver todas las películas menos la que está protagonizando.

Se sirvió un vaso de tequila —el mismo que usaba para desinfectar heridas emocionales y momentos de crisis existencial— y se sentó en su cama a procesar lo que había descubierto. Tenía un don real, pero era el don más inútil del mundo. ¿De qué servía saber cuándo moriría la gente si no podía hacer nada para evitarlo? ¿Era solo una espectadora cósmica con boleto de primera fila para el teatro de la mortalidad humana?

Pero mientras se hacía estas preguntas existenciales que habrían hecho sudar a Platón, una parte más práctica de su cerebro —la misma que le había permitido sobrevivir años vendiendo esperanza embotellada— comenzó a calcular las posibilidades comerciales de su nueva habilidad.

Si antes vendía mentiras sobre el futuro, ahora podía vender verdades sobre la muerte. Y si había algo que fascinaba más a la humanidad que la esperanza, era el morbo bien documentado. La gente pagaría fortunas por conocer información tan exclusiva y definitiva como los horarios de defunción.

El tequila le dio valor, y el valor le dio una idea terrible y brillante: ¿Por qué no convertir su maldición en un negocio? Al fin y al cabo, si iba a estar condenada a ver la muerte de todos, al menos podía cobrar entrada al espectáculo.

Esa noche, mientras las cucarachas sindicalizadas tenían su asamblea nocturna y las ratas discutían los términos de su contrato colectivo de trabajo, Perséfone diseñó su nueva estrategia comercial. Ya no sería la vidente de barrio que predecía romances y fortunas. Se convertiría en algo mucho más especializado y macabro: la consultora de la muerte, la única persona en el mundo que podía decirte con precisión milimétrica cuándo y cómo terminaría tu historia personal.

Lo que no sabía era que algunos dones vienen con letra pequeña redactada por abogados cósmicos, y que el universo tiene un departamento de recursos humanos muy estricto en cuanto a los límites laborales y las licencias de operación.

Se durmió con la sonrisa de quien acaba de descubrir que tiene el monopolio del mercado más exclusivo del mundo: el conocimiento exacto de cuándo se acaba el tiempo. El destino, mientras tanto, preparaba la segunda fase de su plan maestro, riéndose con la satisfacción de un dramaturgo que sabe que su protagonista acaba de tomar exactamente la decisión que la llevará directo al clímax más delicioso y retorcido de toda la obra.

Capítulo 3

El Nuevo Negocio de la Muerte

La transformación de Perséfone de charlatana de barrio a consultora especializada en defunciones comenzó con lo que ella consideraba el rebranding más exitoso desde que Coca-Cola cambió su fórmula y luego fingió que había sido un error para generar publicidad gratis. Solo que en este caso, el producto no era una bebida gaseosa sino la información más exclusiva del universo: la fecha de vencimiento de los seres humanos, con hora exacta y método de caducidad incluido.

El primer paso fue el letrero. Perséfone había ahorrado durante meses para mandarlo hacer con don Chuy, el rotulista del mercado, quien tenía fama de escribir más derecho cuando estaba borracho que cuando estaba sobrio, fenómeno que desafiaba las leyes básicas de la coordinación motriz. El resultado fue una obra maestra del marketing macabro:

"PERSÉFONE - LA PITONISA DE LA GUADAÑA Y EL RELOJ - CONSULTAS ESPECIALIZADAS EN FECHAS FINALES - HORARIOS Y MODALIDADES EXACTAS - DESCUENTOS A FAMILIAS NUMEROSAS - SE ACEPTAN TODAS LAS TARJETAS"

Don Chuy había añadido por cuenta propia unos dibujitos que incluían calaveras sonrientes, relojes de arena con arena que parecía estar cayendo hacia arriba (por alguna razón física inexplicable), y una guadaña que más bien parecía machete para cortar caña. El conjunto tenía la elegancia estética de un accidente de tráfico, pero cumplía su propósito: nadie podía pasar frente al puesto sin voltear a ver.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó doña Chole, su casera, señalando el letrero con la suspicacia de quien ha visto demasiadas travesuras inquilinarias.

—Es mi nueva especialidad —explicó Perséfone con el orgullo de quien anuncia una maestría en Harvard—. Ya no hago futuros románticos ni números de lotería. Ahora me dedico exclusivamente a predecir la muerte.

—¿La muerte de quién?

—De quien me pague por saberlo.

Doña Chole la miró como si acabara de declarar que se dedicaría a vender seguros de vida a zombies.

—Niña, ¿no crees que es un poquito... morboso?

—Doña Chole, vivimos en un país donde la telenovela más popular se llama "Pasión y Venganza", donde el noticiero nocturno parece catálogo de desgracias, y donde la gente hace fila para ver accidentes de tráfico. ¿En serio me va a decir que predecir la muerte es más morboso que la realidad cotidiana?

La lógica era irrefutable como ecuación matemática. En una sociedad donde el morbo se había convertido en el principal entretenimiento nacional, Perséfone simplemente estaba diversificando hacia un nicho de mercado completamente inexplorado.

Su primera cliente oficial bajo el nuevo esquema fue, irónicamente, la misma señora Florencia que había desencadenado todo. Llegó el miércoles por la mañana, cojeando ligeramente y con un brazo en cabestrillo, luciendo como protagonista de telenovela médica de bajo presupuesto.

—¡Ay, niña! ¡Tenía usted razón! —exclamó con la emoción de quien acaba de confirmar que el mundo conspira específicamente en su contra—. El jueves me tropecé con Napoleón Bonaparte, me fracturé la cadera, y los doctores dicen que tengo el corazón muy alterado. ¡Por fin tengo algo real de qué quejarme!

Perséfone sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima. Su visión había sido exacta hasta en los detalles más insignificantes. Incluso podía ver que la señora Florencia llevaba puesta la misma blusa amarilla con florecitas que había visto en la premonición.

—¿Y para qué quiere saber más? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta con la certeza de quien ha memorizado un guion.

—¡Quiero saber cuándo me voy a morir! —declaró la señora Florencia con el entusiasmo de quien pide los resultados de un examen médico largamente esperado—. ¡Toda la vida he sabido que algo malo me iba a pasar, y ahora que empecé, quiero saber hasta dónde llega la función!

Era el cliente perfecto para el nuevo negocio: alguien que no solo quería conocer su destino, sino que lo deseaba fervientemente como quien espera el estreno de su película favorita. Perséfone extendió las cartas con una solemnidad que habría envidiado un director de funeraria en temporada alta.

La visión apareció inmediatamente, nítida como transmisión en alta definición. Domingo, 11:23 de la mañana, habitación 247 del Hospital General. La señora Florencia estaría rodeada de médicos que finalmente tendrían que admitir que sus síntomas eran reales, cuando un paro cardíaco la liberaría de la única enfermedad que nunca había padecido: la vida misma.

—Domingo —dijo Perséfone con voz grave—. A las 11:23 de la mañana.

—¿De este domingo?

—Del que viene.

—¿Y cómo? ¿Sufriendo mucho? ¿Gritando? ¿Dramáticamente?

—Su corazón decidirá que ya tuvo suficiente drama. Es más bien como... como quedarse dormida después de una telenovela muy larga.

Por primera vez en setenta y dos años, la señora Florencia sonrió con genuina satisfacción. No era una sonrisa de felicidad, sino de vindicación cósmica completa. Toda su vida había intuido que algo terrible estaba a punto de sucederle, y finalmente tenía la confirmación oficial con fecha y hora exactas.

—¿Y cuánto le debo?

Perséfone había preparado una nueva estructura de precios más sofisticada que plan de telefonía celular:

- Consulta básica (fecha exacta): mil quinientos pesos
- Consulta premium (fecha, hora y circunstancias): dos mil quinientos
- Consulta de lujo (todo lo anterior más últimas palabras y estado del alma): tres mil quinientos
- Paquete familiar (descuentos por volumen): consultar precios

—Con la premium está perfecto —dijo la señora Florencia, sacando el dinero con la satisfacción de quien por fin encuentra un producto que vale exactamente lo que cuesta.

La noticia del nuevo servicio se extendió por el barrio con la velocidad de un chisme sobre infidelidades políticas. Para el viernes, Perséfone tenía una cola de clientes que se extendía hasta la taquería de don Poncho, quien había instalado un puesto de aguas frescas para atender a la clientela en espera, convirtiendo la muerte en una oportunidad de negocio colateral.

El siguiente en la fila era Rigoberto Sánchez, un hombre que tenía la peculiar característica de parecer estar perpetuamente preocupado por algo que no podía identificar, como quien vive en alerta permanente por una amenaza invisible.

—Quiero saber si me queda mucho tiempo —dijo, instalándose en la silla con la ceremonia de quien se sienta en el confesionario—. Para decidir si vale la pena seguir pagando el seguro de vida o si mejor me compro una televisión nueva.

La lógica económica de Rigoberto era impecable: si iba a morir pronto, mantener el seguro era una inversión inteligente para su familia. Si le quedaban décadas, el dinero podría usarse para cosas más inmediatas,

como mejorar su calidad de vida o comprar esa pantalla de 55 pulgadas que había estado viendo en las ofertas.

Las cartas revelaron que Rigoberto moriría en dieciocho años, tres meses y cuatro días, por complicaciones derivadas de la diabetes que aún no sabía que tenía. Pero Perséfone decidió redondear la información para efectos prácticos.

—Dieciocho años —anunció con la precisión de un meteorólogo.

—¿Segura? ¿No podría ser diecisiete o diecinueve para ajustar mejor mi plan financiero?

—El destino no negocia como vendedor de autos usados, don Rigoberto.

Rigoberto sacó una calculadora del bolsillo y comenzó a hacer operaciones complicadas que involucraban primas de seguro, tasas de interés, expectativas de inflación, y cálculos actuariales que convertían su propia muerte en un problema de matemáticas financieras avanzadas.

El resto del día trajo una procesión de clientes que confirmaron la teoría de Perséfone sobre la naturaleza humana: dada la oportunidad de conocer información prohibida, la gente pagaría cualquier precio, sin importar lo perturbadora que fuera esa información. Era como ofrecer spoilers de la vida real con precio de boutique.

Al final del día, Perséfone contó sus ganancias con una mezcla de satisfacción y perplejidad existencial. En una sola jornada había ganado más dinero que en un mes completo vendiendo esperanzas falsas. Pero también había confirmado algo que sospechaba desde hacía tiempo: la gente era infinitamente más extraña de lo que aparentaba en público.

Esa noche, mientras organizaba su nuevo sistema de archivos —había decidido llevar un registro de todas las muertes que predecía, por si las moscas—, se preguntó si realmente había mejorado su situación. Antes mentía profesionalmente, pero al menos podía dormir tranquila sabiendo que sus mentiras eran inofensivas. Ahora decía la verdad, pero era una verdad que podía arruinar vidas, generar obsesiones, o crear ansiedades que harían sudar a un neurótico profesional.

La ironía era que se había convertido en la persona más honesta del barrio justo cuando había comenzado a ejercer la profesión más perturbadora imaginable. Era como ser un contador completamente íntegro que trabajara para el cártel: técnicamente ético, pero moralmente cuestionable.

Pero los remordimientos existenciales no pagaban la renta, y Perséfone había descubierto que tenía un talento natural para un negocio que, por definición, nunca se quedaría sin clientes. Después de todo, la muerte era el único producto con demanda garantizada, stock ilimitado, y cero competencia real.

Se durmió esa noche con la sonrisa de quien ha encontrado su vocación verdadera, sin saber que el universo ya había comenzado a preparar las consecuencias de su nuevo emprendimiento. Porque como descubriría muy pronto, algunos negocios vienen con cláusulas de penalización que no aparecen en la letra pequeña, sino que se materializan directamente en forma de visitas inesperadas de entidades cósmicas con muy mal sentido del humor y excelente departamento legal.

Capítulo 4

Los Curiosos de la Muerte

La fama de Perséfone se extendió por la ciudad con la misma velocidad con que se propagan los rumores sobre aumentos de precios de la gasolina o las noticias de divorcios escandalosos entre famosos de segunda. Para el final de la segunda semana, su clientela había evolucionado de los vecinos del barrio a una colección de especímenes humanos que parecían haber escapado de un museo de curiosidades psicológicas dirigido por Salvador Dalí en sus peores pesadillas.

El primer caso notable fue el de Hermenegildo Vázquez, un contador de cincuenta y tres años que había convertido la hipocondría en una carrera de tiempo completo con prestaciones incluidas. Llegó un lunes por la mañana con tres maletines: uno lleno de análisis médicos, otro repleto de radiografías, y el tercero conteniendo una colección de diagnósticos que había ido recopilando durante los últimos veinte años como quien colecciona timbres postales del apocalipsis.

—Señorita Perséfone —comenzó con la solemnidad de quien presenta una tesis doctoral sobre su propia mortalidad—, necesito que me confirme algo que los médicos se niegan a aceptar por pura incompetencia profesional.

—¿Qué cosa?

—Que me estoy muriendo de algo muy específico y muy dramático.

Perséfone lo observó detenidamente. Hermenegildo tenía la apariencia de un hombre perfectamente saludable, excepto por esa palidez característica de quienes pasan más tiempo en salas de espera que vampiros en ataúdes.

—¿Y de qué se está muriendo, según usted?

—¡Esa es precisamente la pregunta del millón! —exclamó, abriendo el primer maletín como vendedor de enciclopedias médicas—. He visitado a cuarenta y siete especialistas diferentes. Cardiólogos, neurólogos, oncólogos, gastroenterólogos, hasta un podólogo porque pensé que tal vez el problema venía de los pies hacia arriba, como una infección ascendente de la mortalidad.

—¿Y qué le dijeron todos esos doctores?

—Coinciden en que estoy perfectamente bien, pero yo sé que algo anda terriblemente mal. Uno no se siente tan mal para estar tan bien. Es una contradicción médica que desafía las leyes de la lógica sanitaria.

Perséfone extendió las cartas con la resignación de quien sabe que está a punto de arruinar una neurosis perfectamente cultivada durante décadas. La visión que apareció la sorprendió tanto que tuvo que verificarla dos veces, como quien revisa el saldo bancario después de ganar la lotería.

Hermenegildo moriría a los noventa y cuatro años, plácidamente, mientras dormía, después de una vida larga y saludable durante la cual nunca padecería ninguna enfermedad seria. Su única dolencia real sería una gripe común a los setenta y ocho años que lo tendría en cama exactamente tres días, tiempo que aprovecharía para reorganizar su colección de radiografías por orden cronológico.

—Señor Hermenegildo —dijo Perséfone con la delicadeza de quien está a punto de comunicar el diagnóstico más devastador de la historia—, tengo noticias contradictorias para usted.

—¿Contradictorias cómo?

—Buenas y malas, dependiendo de su perspectiva vital.

—Dígame las malas primero, para prepararme psicológicamente.

—Va a vivir hasta los noventa y cuatro años con salud perfecta.

Hermenegildo la miró como si le hubiera diagnosticado lepra terminal.

—¿Esas son las malas noticias?

—Para usted, aparentemente sí. Las buenas son que se va a morir de muerte natural, sin dolor, durmiendo tranquilamente como bebé en brazos de su madre.

—Pero... pero... —tartamudeó Hermenegildo— ¿y todas mis enfermedades? ¿Mis síntomas? ¿Mis presentimientos de muerte inminente?

—Son exactamente eso: presentimientos sin base médica. Su único padecimiento real será una gripe cuando tenga setenta y ocho años. Ni siquiera fiebre alta.

Hermenegildo se desplomó en la silla como si acabara de recibir el diagnóstico más devastador de su vida. En cierto sentido, así había sido. Durante dos décadas había construido toda su identidad alrededor de ser un enfermo incomprendido por la ciencia médica, y ahora descubría que era simplemente un hombre sano con demasiado tiempo libre y acceso a doctor en línea.

El siguiente caso fue completamente opuesto. Doña Remedios Villalobos, viuda de setenta y nueve años, llegó esa misma tarde con la energía de una adolescente enamorada planeando su primera cita.

—Niña —declaró, instalándose en la silla con la determinación de quien va a resolver el asunto más importante de su agenda romántica póstuma—, quiero saber cuándo me voy a morir para poder planear mi reencuentro con mi Pánfilo en condiciones óptimas.

Don Pánfilo había sido su esposo durante cincuenta y dos años, y había fallecido seis meses atrás después de una vida dedicada a dos pasiones: los deportes en televisión y las quesadillas de flor de calabaza con extra de queso. Doña Remedios lo había llorado exactamente el tiempo que consideraba socialmente apropiado según el manual de viudez, y ahora estaba lista para la siguiente fase de su plan romántico de ultratumba.

—¿Y qué va a hacer con esa información? —preguntó Perséfone con curiosidad genuina.

—Pues prepararme, obviamente. Tengo que bajar diez kilos para llegar al peso que tenía cuando nos casamos, aprender a maquillarme mejor porque en el cielo seguramente hay mejor iluminación que aquí, y decidir si me voy a teñir el pelo o si voy a llegar con canas para que Pánfilo vea lo que me costó vivir sin él estos meses terribles.

Las cartas revelaron que doña Remedios viviría hasta los noventa y tres años, catorce años más de los que había calculado en sus planes de reunión conyugal celestial.

—Catorce años —anunció Perséfone.

—¿Catorce años de qué?

—Le quedan catorce años de vida terrenal antes del reencuentro.

Doña Remedios se quedó callada varios minutos, haciendo cálculos mentales complicados que involucraban tiempo de espera y paciencia marital póstuma.

—¿Y está segura de que Pánfilo me va a esperar tanto tiempo? Porque él era muy impaciente. Una vez se fue de una fiesta porque la carne asada se tardó quince minutos más de lo programado.

—No tengo información sobre los tiempos de espera en el más allá, doña Remedios.

—Es que me preocupa que ya se haya conseguido otra viuda más joven. En el cielo debe haber mucha competencia.

Pero el caso más perturbador llegó el miércoles en la forma de Jacinto Maldonado, un joven de veintitrés años que tenía la peculiar característica de considerar que las leyes de la física, la mortalidad y el sentido común no se aplicaban a él personalmente.

Jacinto era de esos jóvenes que manejan motocicleta sin casco, cruzan las calles sin ver, y consideran que las medidas de seguridad son sugerencias dirigidas a personas menos afortunadas genéticamente que ellos. Había llegado al consultorio porque sus amigos le habían apostado mil pesos a que no se atrevía a preguntar cuándo se iba a morir.

—A ver, señora —dijo con la arrogancia característica de quien cree que la juventud es un seguro de vida con cobertura total—, mis compas dicen que usted puede predecir cuándo se muere la gente. Yo digo que es puro teatro, pero como me apostaron, aquí estoy perdiendo mi valioso tiempo.

La visión que apareció era tan clara que parecía estar viendo una película de acción con presupuesto muy bajo y efectos especiales de aficionado. Jacinto moriría el próximo sábado a las 9:47 de la noche, en su motocicleta, después de intentar un truco que había visto en YouTube y que involucraba saltar sobre tres coches estacionados. El experimento terminaría con Jacinto incrustado en el parabrisas de una camioneta cuyo conductor estaba comiendo tacos y no vio venir al proyectil humano hasta que fue demasiado tarde para frenar.

—Sábado —dijo Perséfone con la seriedad de quien anuncia el fin del mundo—. Nueve cuarenta y siete de la noche.

—¿En serio? ¿Este sábado? ¿Y de qué, según usted?

—Accidente de motocicleta. Tratando de saltar sobre tres coches estacionados frente a la taquería de don Refugio.

La sonrisa de Jacinto se desvaneció completamente. Efectivamente tenía planeado intentar ese truco el sábado, pero no se lo había contado a nadie. Era su proyecto secreto para impresionar a una chica que había conocido en Instagram.

—¿Cómo sabe eso?

—Es mi trabajo saberlo.

—Pero eso significa que si no voy, no me muero, ¿verdad? Es lógica básica.

—No lo sé. Nunca he tenido un cliente que intentara alterar su itinerario de defunción.

Jacinto pagó la consulta con manos temblorosas y se fue murmurando algo sobre cómo el sábado de repente se había vuelto muy complicado y requería replanificación estratégica completa.

El resto de la semana trajo una procesión de casos que confirmaron la teoría de Perséfone sobre la naturaleza humana: enfrentada con información sobre su propia mortalidad, la gente revelaba aspectos de su personalidad que normalmente mantenía ocultos como secretos de Estado.

Cada consulta era un pequeño experimento sociológico que revelaba cómo las personas interpretaban la información más definitiva posible según sus propias neurosis, esperanzas y mecanismos de defensa psicológica.

Al final de la semana, Perséfone se dio cuenta de que se había convertido en algo más que una vidente: era una especie de psicóloga

especializada en crisis existenciales con fecha de vencimiento. Sus clientes no solo venían a conocer su futuro, sino a procesar sus miedos más profundos en un contexto donde la negación ya no era psicológicamente viable.

Pero lo que más la perturbaba era darse cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba proporcionando un servicio genuinamente útil. Sus clientes se iban con información real que los ayudaba a tomar decisiones importantes sobre cómo usar el tiempo que les quedaba. Era irónico que su carrera más honesta hubiera comenzado justo cuando había empezado a comercializar con la muerte humana como si fuera un beneficio más del mercado.

Esa noche, mientras organizaba sus archivos de defunciones programadas con la eficiencia de una agencia de viajes especializadas en destinos finales, no podía quitarse de la cabeza una pregunta que la atormentaba: ¿qué pasaría cuando sus predicciones comenzaran a cumplirse con la puntualidad alemana? ¿Cómo reaccionaría el barrio cuando la gente empezara a morir exactamente cuándo y como ella había predicho?

La respuesta llegaría muy pronto, porque el domingo a las 11:23 de la mañana, la señora Florencia Cáceres de Mondragón tenía una cita con el destino que había estado esperando toda su vida, y que Perséfone había documentado con precisión notarial.

Capítulo 5

Secretos Familiares y Herencias

La tercera semana del nuevo negocio de Perséfone trajo consigo una clientela que ella no había anticipado en su plan de negocios original: los familiares preocupados. No preocupados por el bienestar emocional o espiritual de sus seres queridos, sino por la velocidad con que esos seres queridos se decidían a partir hacia el más allá y dejar libre el camino hacia sus herencias, como corredores que se quitan de la pista para que otros puedan llegar a la meta.

El primer caso llegó un martes por la mañana en la persona de Eusebio Garduño, un hombre de cuarenta y cinco años que tenía la peculiar característica de vestirse permanentemente como si fuera a un funeral, aunque no hubiera muerto nadie en particular. Traje negro, corbata negra, zapatos negros, y una expresión que sugería que la vida era una sala de espera muy larga para una cita muy importante que se estaba tardando demasiado.

—Señorita Perséfone —comenzó con la solemnidad de quien está a punto de hacer una confesión que podría cambiar el curso de la historia familiar—, necesito información confidencial sobre mi padre.

—¿Qué tipo de información?

—Cuándo se va a morir. Con fecha exacta, hora preferible, y si es posible, ubicación específica.

Perséfone había desarrollado un detector interno para distinguir entre la curiosidad legítima y los intereses más turbios que podrían requerir asesoría legal adicional. El caso de Eusebio activó todas las alarmas como sistema de seguridad en banco durante asalto.

—¿Y por qué necesita esa información con tanto detalle?

—Por razones... estratégicas familiares.

—¿Qué tipo de estrategias familiares?

Eusebio se removió en su silla como si el asiento estuviera hecho de espinas morales. Finalmente, decidió que la honestidad estratégica era la mejor política, aunque la ética fuera negociable.

—Mi padre tiene ochenta y tres años, una casa en Las Lomas que vale una fortuna, dos departamentos de renta en Polanco, un negocio de ferreterías que funciona mejor que reloj suizo, y una novia de treinta y cinco años que se llama Yolanda y que obviamente está jugando la partida larga esperando a que él muera para quedarse con todo como viuda profesional.

—¿Y usted qué papel juega en esta ecuación hereditaria?

—¡Yo soy su hijo legítimo! ¡Llevo cuarenta y cinco años esperando mi herencia con paciencia bíblica, y ahora resulta que tengo que competir con una... con una... ¡con una mujer que podría ser mi hermana menor y que tiene ventajas competitivas que yo obviamente no poseo!

La lógica de Eusebio era cristalina en su mezquindad calculada. Había pasado media vida preparándose profesionalmente para ser huérfano rico, y ahora descubría que tendría que acelerar el proceso o arriesgarse a perder la competencia contra una rival considerablemente más joven y, presumiblemente, más hábil en las artes del romance geriátrico.

—¿Y qué piensa hacer exactamente con esa información una vez que la tenga?

—Pues... planear mis estrategias de intervención familiar.

—¿Qué tipo de estrategias de intervención?

—Si mi padre va a vivir mucho tiempo, tendré que actuar rápido para convencerlo de que Yolanda es una cazafortunas profesional. Si se va a morir pronto, puedo esperar tranquilamente y enfocarme en asegurarme de que no haya cambios testamentarios de último minuto inducidos por manipulación emocional senil.

Era el primer cliente que había convertido la herencia en un problema de timing estratégico y logística militar. Perséfone extendió las cartas con la sensación de que estaba a punto de participar en algo que técnicamente no era ilegal, pero que moralmente era tan cuestionable como vender seguros de vida en asilos.

La visión que apareció mostraba a don Herminio Garduño viviendo hasta los noventa y siete años como patriarca longevo, lo suficiente para ver a tres generaciones más de la familia, casarse dos veces más (incluyendo una boda con Yolanda en Las Vegas oficiada por un Elvis personificado), y dividir su fortuna entre una fundación para gatos abandonados y un mariachi de Garibaldi que lo había entretenido musicalmente en sus últimos años de vida.

—Catorce años más —anunció Perséfone con la neutralidad de quien reporta el clima.

—¿Catorce años completos? —Eusebio palideció como si hubiera recibido una factura de impuestos por evasión fiscal—. ¿No podría ser menos? ¿Tal vez doce o trece para efectos de planificación?

—El destino no negocia plazos como financiera automotriz.

—¿Y se va a casar con Yolanda?

—El año que viene. En Las Vegas. La ceremonia incluirá un Elvis personificado que cantará "Love Me Tender" durante el intercambio de anillos.

—¿Y el testamento? ¿Habrá modificaciones significativas?

—Cambiará varias veces. La versión final beneficia principalmente a gatos sin hogar y mariachis profesionales.

Eusebio se quedó callado durante varios minutos, procesando la información como computadora que acaba de recibir datos incompatibles con su programación original.

—¿Y no hay forma de... acelerar el proceso naturalmente?

—¿Perdón?

—No, no, nada ilegal —se apuró a aclarar levantando las manos como sospechoso cooperativo—. Me refiero a si él podría tomar decisiones que afectaran su longevidad de manera orgánica. Como hacer más ejercicio, o comer mejor, o... no hacer tanto ejercicio ni comer tan bien.

—No tengo información sobre modificaciones voluntarias al itinerario del destino.

El siguiente caso fue aún más perturbador moralmente. Llegó esa misma tarde en la forma de las hermanas Cucurull: Esperanza, Caridad y Dolores, tres hermanas que tenían en común una madre rica, una hermana favorita, y una capacidad notable para el rencor organizado que había sido refinada durante décadas como vino de mesa familiar.

—Señorita —comenzó Esperanza, quien claramente había sido elegida como portavoz del trío por tener la mejor dicción para articular quejas—, queremos saber cuándo se va a morir nuestra hermana Felicidad.

—¿Su hermana está enferma o en situación de riesgo?

—No —respondió Caridad con la amargura de quien ha masticado resentimiento durante años—. Está perfectamente saludable, tiene una vida plena, y esa es precisamente el problema logístico que enfrentamos.

—¿Cómo que es el problema?

—Felicidad es la favorita oficial de mamá —explicó Dolores con la amargura de quien ha cargado esa información como piedra en el zapato durante décadas—. Siempre ha sido la consentida, la que estudió en universidad privada, la que se casó con profesionista exitoso, la que tuvo los nietos perfectos que aparecen en comerciales de cereales.

—¿Y cuál es el conflicto específico?

—Mamá ya tiene noventa años y una salud frágil —continuó Esperanza con la paciencia de quien explica matemáticas básicas—. Se va a morir pronto según todas las proyecciones médicas, y nosotras sabemos que le va a dejar todo a Felicidad porque siempre ha sido así de predecible.

—¿Todo qué exactamente?

—La casa colonial en Coyoacán, los terrenos en Tepoztlán, las joyas de la bisabuela, los muebles antiguos, la colección de arte popular, y hasta el canario que canta ópera y vale una fortuna.

—¿Tienen alguna evidencia concreta de esto o son especulaciones basadas en resentimientos históricos?

Las tres hermanas intercambiaron miradas cómplices que confirmaban que habían cruzado la línea entre sospecha y espionaje familiar.

—El mes pasado encontramos el testamento —admitió Caridad con la culpabilidad de quien confiesa un crimen menor—. Estaba buscando las pastillas para la presión de mamá en su buró, y ahí estaba el sobre del notario prácticamente gritando "ábranos".

—¿Y lo leyeron?

—Solo un poquito —mintió Dolores con la credibilidad de político en campaña—. Bueno, completo. Pero fue un accidente investigativo sin intenciones maliciosas.

—¿Y qué decía exactamente el documento?

—Que Felicidad se queda con el ochenta por ciento de todo, y nosotras nos repartimos el veinte por ciento restante como premio de consolación.

Era una situación que combinaba la codicia familiar con la lógica matemática más básica: tres hermanas dividiendo el veinte por ciento de una herencia mientras una cuarta se quedaba con la porción del león. El resentimiento era comprensible desde perspectiva económica, aunque la solución que proponían era moralmente cuestionable como plan de negocio.

—¿Y para qué necesitan saber cuándo va a morir su hermana?

—Para planificar nuestras opciones estratégicas —dijo Esperanza con la obviedad de quien explica que el agua hierve a cien grados.

—¿Planificar qué opciones exactamente?

—Pues si Felicidad se muere antes que mamá, la herencia se redistribuye entre nosotras tres según las leyes de sucesión. Pero si mamá se muere primero, Felicidad hereda todo y nosotras dependemos completamente de su generosidad, que históricamente ha sido limitada.

—¿Y creen que su hermana no sería generosa con ustedes?

Las tres hermanas se rieron con la sincronización de coro griego especializado en tragedias familiares.

—Felicidad cree que el dinero es para invertir sabiamente, no para compartir emocionalmente —explicó Caridad—. Dice que nosotras somos unas irresponsables financieras que necesitamos supervisión adulta.

—¿Y lo son?

—¡Eso no es el punto relevante! —exclamó Dolores—. El punto es que es nuestro dinero familiar también, y ella no tiene derecho moral a administrarlo como si fuéramos menores de edad con problemas de autocontrol.

Perséfone extendió las cartas sintiendo que estaba a punto de arbitrar una disputa que había comenzado en la infancia y que involucraba resentimientos tan complejos como la física cuántica aplicada a relaciones familiares disfuncionales.

La visión que apareció era particularmente detallada y cinematográfica. Felicidad viviría hasta los ochenta y nueve años, exactamente tres meses después de la muerte de su madre. Durante esos tres meses críticos, redistribuiría la herencia de una manera que técnicamente cumplía con el testamento pero que prácticamente beneficiaba a sus propios hijos, establecería un fideicomiso que las hermanas no podrían tocar hasta los setenta años, y destinaría la mayor parte del dinero a una fundación educativa que llevaría su nombre para la posteridad.

—Tres meses —anunció Perséfone con precisión notarial.

—¿Tres meses de qué?

—Felicidad vivirá tres meses más que su madre.

—¿Solo tres meses? —Esperanza parecía casi decepcionada por lo poco tiempo que tendría que esperar para ver los resultados.

—Tres meses durante los cuales reorganizará completamente la herencia con eficiencia administrativa que haría llorar de envidia a cualquier empresa consultora.

—¿Cómo específicamente?

—Fideicomisos intocables, fundaciones benéficas, y cuentas que ustedes no podrán acceder hasta ser considerablemente mayores y presumiblemente más sabias.

Las tres hermanas intercambiaron miradas que mezclaban horror existencial, admiración profesional, y respeto involuntario por la capacidad de su hermana para la venganza póstuma planificada con anticipación estratégica.

Pero el caso más perturbador de la semana llegó el viernes en la forma de una pareja que había logrado convertir el matrimonio en una competencia de supervivencia con reglamento oficial. Rosendo y Plácida Meléndez llevaban treinta y siete años casados y tenían la peculiar característica de odiarse con la precisión de dos profesionales que han perfeccionado su técnica durante décadas de práctica constante.

—Queremos saber quién de los dos se va a morir primero —anunció Rosendo con la eficiencia de quien ordena café en una cafetería sin tiempo para cortesías.

—¿Para qué necesitan esa información?

—Para planear nuestras estrategias de viudez respectivas —explicó Plácida con la paciencia de quien ha ensayado esa conversación muchas veces frente al espejo.

Perséfone los observó detenidamente. Eran una pareja que había logrado mantener un matrimonio aparentemente estable basado en el odio mutuo perfectamente calibrado y la expectativa de que uno de los dos se libraría del otro mediante causas naturales, como una apuesta a largo plazo con la muerte como árbitro final.

—¿Estrategias de viudez? ¿Podrían elaborar ese concepto?

—Claro —dijo Rosendo como quien explica reglas de juego—. Si yo me muero primero, Plácida se queda con la casa, el coche, y la cuenta de ahorros. Pero también hereda las deudas del negocio, los problemas con los vecinos que me odian, y la responsabilidad de cuidar a mi madre que tiene demencia y carácter difícil.

—Y si yo me muero primero —continuó Plácida con la lógica de quien ha calculado todas las variables—, Rosendo hereda todo mi patrimonio, pero también hereda a mis seis gatos que requieren cuidados veterinarios constantes, mi colección de plantas que necesitan atención especializada, y la obligación social de visitar a mi familia los domingos para el resto de su vida natural.

—Entonces, ¿quieren saber quién se va a morir primero para... preparar venganzas póstumas?

—No son venganzas —aclaró Rosendo con la dignidad de quien defiende principios éticos—. Son consecuencias lógicas de nuestras responsabilidades matrimoniales que sobreviven a la muerte del cónyuge.

—¿Y por qué no se divorcian si se odian tanto?

Los esposos Meléndez intercambiaron una mirada que mezclaba horror genuino y ofensa profesional.

—¿Divorciarnos? —exclamó Plácida como si le hubieran sugerido quemar dinero—. ¡Pero si llevamos treinta y siete años perfeccionando este matrimonio! ¿Cree que vamos a tirarlo todo por la borda ahora que estamos llegando a la parte más interesante del experimento?

—¿La parte interesante?

—Cuando uno de los dos se muere y el otro técnicamente gana la competencia —explicó Rosendo—. Es como un juego muy largo donde la victoria final se decide por resistencia y estrategia de supervivencia.

Perséfone extendió las cartas con la sensación de que estaba arbitrando la competencia matrimonial más siniestra de la historia documentada. La visión que apareció mostraba a ambos esposos viviendo hasta edades muy avanzadas, pero con Plácida muriendo apenas tres días antes que Rosendo, lo suficiente para que él técnicamente ganara la competencia, pero no lo suficiente para disfrutar la victoria o celebrar apropiadamente.

—Empate técnico —anunció Perséfone.

—¿Cómo que empate? Eso no estaba en las reglas originales.

—Plácida se muere tres días antes que Rosendo. Él gana por diferencia mínima, pero no alcanza a celebrar porque pierde el interés en vivir.

Los esposos se miraron con una mezcla de respeto mutuo y decepción profesional por lo anticlimático del resultado.

—¿Tres días nada más? —preguntó Plácida—. ¿Ni siquiera una semana para que valga la pena?

—Tres días exactos.

—¿Y qué pasa en esos tres días que le quitan las ganas de vivir?

—Rosendo se da cuenta de que extraña las peleas cotidianas y que la vida sin conflicto matrimonial le parece aburrida y sin propósito.

—Eso es muy romántico en una forma perversa —comentó Plácida con sorpresa genuina.

—¿Romántico? —Rosendo parecía ofendido—. Es una falla técnica grave en mi estrategia de supervivencia emocional.

Al final de la semana, Perséfone se dio cuenta de que había descubierto una veta completamente nueva en el negocio de la predicción: la codicia familiar organizada. Sus clientes no venían a conocer su propio destino, sino a obtener información privilegiada sobre los planes de mortalidad de sus seres queridos para poder ajustar sus propias estrategias de supervivencia económica y emocional.

Era un mercado que combinaba el morbo con la planificación financiera, y que revelaba aspectos de la naturaleza humana que normalmente permanecían ocultos bajo las convenciones sociales de la vida familiar aparentemente armoniosa.

Esa noche, mientras actualizaba sus archivos con las nuevas predicciones como contador de muertes programadas, se preguntó si realmente estaba proporcionando un servicio útil a la sociedad o si simplemente estaba alimentando las neurosis familiares más destructivas de sus clientes. La respuesta, como todo en su nueva carrera, era probablemente ambas cosas simultáneamente.

El universo, mientras tanto, observaba con satisfacción cómo su plan se desarrollaba exactamente según lo programado, preparándose para la siguiente fase que involucraría consecuencias que ni siquiera Perséfone podría haber predicho en sus visiones más perturbadoras y cinematográficas.

Capítulo 6

La Fama y sus Consecuencias

Para la cuarta semana, Perséfone había alcanzado ese estado peculiar de celebridad que se caracteriza por tener más clientes de los que puede atender, más problemas de los que había anticipado cuando decidió comercializar con la muerte, y una fila que parecía dirigirse directamente al inframundo con paradas técnicas en el purgatorio burocrático.

Su modesto consultorio se había transformado en algo que recordaba la sala de espera de un aeropuerto durante la temporada navideña más apocalíptica de la historia: repleto de gente ansiosa cargando maletas emocionales, un ambiente de tensión que se podía cortar con tijeras de jardinería, y esa peculiar mezcla de desesperación y esperanza que caracteriza a quienes han decidido que conocer su fecha de vencimiento es preferible a vivir en la incertidumbre existencial.

La fila para verla comenzaba a las cinco de la mañana y se extendía hasta la esquina como una procesión funeraria preventiva, creando un fenómeno sociológico que el periódico local había bautizado con el título sensacionalista de "La Cola de la Muerte", acompañado de fotografías que hacían que el lugar pareciera una combinación entre santuario religioso y oficina de desempleo del más allá.

Los vecinos del barrio, lejos de molestarse por la invasión de curiosos mórbidos, habían descubierto que tenían entre sus calles un negocio más próspero que una taquería de madrugada en zona universitaria. El instinto comercial mexicano se había activado con la precisión de un reloj suizo: algunos habían comenzado a vender café que prometía "mantenerlo despierto hasta que sepa cuándo se va a dormir para

siempre", tamales "últimos de la temporada" y aspirinas "para el dolor de saber demasiado" a los clientes que esperaban su turno para conocer su itinerario de defunción.

Doña Remedios, la viuda romántica que aguardaba su reencuentro cósmico con don Pánfilo, había establecido un puesto de aguas frescas especializadas en "sabores del más allá" con una creatividad mercadológica que habría hecho llorar de envidia a cualquier especialista en marketing: tamarindo con chile (para los que se iban pronto y necesitaban algo picante que los preparara para las llamas eternas), jamaica con limón (para los que tenían tiempo y podían permitirse el lujo de la nostalgia), y horchata (para los indecisos que no sabían si querían acelerar o retrasar el proceso). Su lógica comercial era impecable: si la gente iba a pasar horas contemplando su propia mortalidad, al menos debía hacerlo con un nivel de hidratación apropiado para el drama existencial.

Don Hermenegildo, el ex hipocondríaco curado a la fuerza por una predicción de longevidad extrema, había encontrado una nueva vocación como organizador supremo de turnos y colas. Su vasta experiencia profesional en salas de espera médicas —donde había obtenido un doctorado honoris causa en paciencia institucional— lo había convertido en un experto en manejo de multitudes ansiosas con grados variables de neurosis terminal. Había desarrollado un sistema de numeritos más sofisticado que el de los bancos gubernamentales, que incluía categorías especializadas: "Urgentes" (para los hipocondríacos que creían que se morían esa semana), "Curiosos Académicos" (para los que solo querían confirmar sus sospechas existenciales), "Planificadores Financieros" (para los que necesitaban la información para organizar sus inversiones a largo plazo), y una categoría especial llamada "Venganza Familiar" (para los que querían saber si sobrevivirían a sus parientes más odiados).

Pero el éxito, como todo en la vida de Perséfone, trajo complicaciones que no habían aparecido en su plan de negocios original, el cual, admitía ahora, había sido redactado con la misma previsión estratégica que caracteriza a un adolescente eligiendo carrera universitaria.

El primer problema serio llegó un lunes por la mañana en la forma de Crescencio Villareal, un ingeniero de treinta y ocho años que había desarrollado la teoría revolucionaria de que las predicciones del destino eran simplemente sugerencias negociables, como las fechas de entrega en proyectos gubernamentales.

—Señorita Perséfone —anunció con la confianza de quien está a punto de resolver un malentendido administrativo de proporciones cósmicas—, vengo a solicitar formalmente una modificación en mi itinerario de defunción.

—¿Perdón?

—Mi fecha de muerte. La que me asignó la semana pasada presenta conflictos graves con mi agenda personal y profesional.

Perséfone recordaba perfectamente el caso de Crescencio. Las cartas habían mostrado con claridad cinematográfica que moriría a los cincuenta y dos años de un infarto masivo mientras discutía telefónicamente con un empleado de la compañía de telecomunicaciones sobre una factura que incluía cargos por servicios que nunca había contratado. Era una muerte tan perfectamente apropiada para su personalidad obsesiva y su historial de conflictos con el servicio al cliente, que había parecido más una biografía autorizada que una predicción.

—Las fechas de muerte no se pueden modificar como citas médicas —explicó Perséfone con la paciencia de quien está a punto de explicar que la gravedad no es opcional ni está sujeta a negociación.

—¿Cómo que no se pueden modificar? —replicó Crescencio, sacando una carpeta que contenía lo que parecían ser gráficas, estadísticas y un plan de vida revisado—. Si yo modifico sistemáticamente mis hábitos de comportamiento, implemento un programa de ejercicio cardiovascular, adopto una dieta mediterránea baja en sodio, aprendo técnicas de relajación mindfulness para no discutir con representantes de servicio al cliente, y desarrollo estrategias de comunicación asertiva pero no agresiva, ¿no debería esto resultar en una actualización automática de mi proyección de mortalidad?

—No funciona así.

—¿Y cómo funciona entonces? Porque desde una perspectiva lógica, debería haber algún tipo de sistema de retroalimentación entre las acciones presentes y los resultados futuros.

—No lo sé exactamente. Solo veo lo que va a pasar, no el mecanismo causal que determina por qué va a pasar.

Crescencio la observó con la exasperación de quien acaba de descubrir que el universo no opera bajo principios de gestión de calidad total ni sistemas de mejora continua.

—Pero eso es administrativamente irracional. Si yo sé con certeza que voy a morir discutiendo con la compañía telefónica sobre cargos indebidos, la solución obvia es implementar una política personal de no discutir jamás con empleados de telecomunicaciones bajo ninguna circunstancia. Problema identificado, solución implementada, resultado modificado.

—¿Y si le cortan el servicio injustamente?

—Acepto la injusticia como costo operativo de mi supervivencia.

—¿Y si es una emergencia médica y necesita llamar a la ambulancia?

—Protocolo alternativo: utilizo el teléfono del vecino más cercano.

—¿Y si el vecino no está disponible o está muerto?

—Recurso de respaldo: teléfono celular con batería siempre cargada al ochenta por ciento.

—¿Y si se le acaba la batería en el momento crítico?

—¡Entonces me muero de otra cosa completamente diferente, no discutiendo sobre facturación telefónica! ¡Lo cual técnicamente invalidaría su predicción original y demostraría que el sistema es modificable!

La lógica de Crescencio era impecable en su ingenuidad ingenieril. Había convertido el destino inexorable en un problema de logística que se podía resolver mediante la aplicación sistemática de suficiente planificación preventiva, análisis de riesgos y protocolos de contingencia. Perséfone no tuvo corazón para explicarle que el universo tenía recursos creativos considerablemente más vastos que su capacidad humana de anticipar variables, y que el destino solía operar con un sentido del humor más retorcido que el de un guionista de telenovelas venezolanas especializado en giros argumentales imposibles.

El segundo problema llegó esa misma tarde en la forma de una delegación oficial de esposas preocupadas, encabezada por doña Esperanza Montes de Oca, quien había descubierto que su esposo era uno de los clientes regulares de Perséfone y no estaba ni remotamente satisfecha con los efectos psicológicos que la información recibida estaba teniendo en la estabilidad mental y física de su cónyuge.

—Señorita —comenzó con la autoridad natural de quien lleva treinta años resolviendo problemas domésticos que desafían las leyes de la física y la paciencia humana—, necesito que le diga a mi marido, con todas las palabras apropiadas, que sus predicciones están completamente equivocadas.

—¿Por qué está usted convencida de que están equivocadas?

—Porque usted le dijo que iba a vivir hasta los ochenta y cinco años con salud excelente, y ahora se comporta como si fuera completamente inmortal e invulnerable a las consecuencias de sus propias estupideces. Ayer se subió al techo a arreglar la antena de televisión sin ningún tipo de equipo de seguridad, argumentando que era "matemáticamente imposible" que se cayera y se matara. La semana pasada decidió que era buen momento para aprender a manejar motocicleta a los sesenta y dos años. Y anoche lo encontré navegando en internet, investigando sobre cursos de paracaidismo para principiantes mayores de sesenta años.

—¿Y cuál específicamente es el problema con esas actividades?

—¡Que se va a matar antes de tiempo haciendo alguna estupidez fenomenal! Usted le dio una fecha de garantía extendida, y él la está

interpretando como una licencia oficial del gobierno para actuar como adolescente irresponsable con tendencias suicidas inconscientes.

Era un dilema filosófico que Perséfone no había considerado en sus cálculos empresariales originales: ¿qué pasaba cuando la información privilegiada sobre el futuro alteraba el comportamiento presente de una manera que potencialmente modificaba ese mismo futuro? Era como un problema de física cuántica aplicada a la psicología matrimonial, con implicaciones que habrían hecho sudar a Einstein si hubiera tenido que lidiar con cónyuges temerarios armados de fechas de expiración garantizadas.

—¿Ha conversado con él sobre sus preocupaciones legítimas?

—¡Por supuesto que he conversado! Me dice textualmente que no me preocupe porque usted le garantizó cuarenta y tres años adicionales de vida con certificado de autenticidad. Dice que es matemática y estadísticamente imposible que se muera antes de esa fecha, entonces puede hacer literalmente lo que se le antoje sin consecuencias fatales. ¡Está usando su predicción como póliza de seguro de vida con cobertura total!

—Yo no proporciono garantías —aclaró Perséfone con urgencia—. Solo reporto lo que observo en las visiones.

—Pues explíqueme eso a él con palabras de una sílaba. Y de paso, dígame que las predicciones pueden cambiar si uno se comporta como completo idiota con tendencias autodestructivas.

—¿Pueden realmente cambiar las predicciones?

—¡No lo sé! ¡Usted es la vidente profesional con título universitario en comunicación con el más allá! ¡Se supone que usted debería saber estas cosas fundamentales!

El tercer problema era más sutil pero potencialmente más peligroso para la salud mental colectiva del barrio. Perséfone había comenzado a notar que algunos de sus clientes desarrollaban una dependencia psicológica de sus predicciones que trascendía ampliamente la curiosidad normal sobre el futuro. Venían no solo a preguntar sobre su propia muerte programada, sino sobre cada decisión significativa o insignificante de sus vidas: ¿debían casarse con esa persona específica? ¿Era el momento astrológicamente apropiado para cambiar de trabajo? ¿Debían mudarse de casa o el feng shui actual era compatible con su longevidad? ¿Era seguro comprar un auto usado o el karma del vehículo podría acelerar su fecha de defunción?

El caso más extremo y psicológicamente perturbador era el de Pancracio Delgadillo, un contador público de cuarenta años que había comenzado a consultarla sobre decisiones tan fundamentalmente básicas como qué desayunar (¿los huevos fritos alterarían su destino cardiovascular?), qué ruta tomar al trabajo (¿la avenida principal tenía mejor energía

existencial que las calles secundarias?), y si era cósmicamente seguro salir de casa cuando el cielo estaba nublado (¿las nubes grises eran presagio de eventos negativos inmediatos?).

—Señorita Perséfone —le había dicho en su visita más reciente, con la ansiedad de quien consulta sobre cirugía de corazón abierto—, ¿percibe usted algún peligro cósmico o temporal si me compro zapatos nuevos mañana por la tarde?

—¿Peligro de qué tipo específicamente?

—Pues no estoy completamente seguro. ¿Y si los zapatos nuevos me quedan incorrectamente y me provocan lesiones podales que alteren mi capacidad de caminar? ¿Y si mientras estoy en la zapatería seleccionando calzado ocurre algún evento catastrófico que podría haberse evitado si hubiera permanecido en casa? ¿Y si el simple acto de cambiar de zapatos modifica mi destino personal de alguna manera cósmicamente impredecible que desestabilice todo mi futuro programado?

Pancracio había desarrollado una forma de paranoia existencial que lo tenía completamente paralizado ante cualquier decisión que no hubiera sido previamente analizada, aprobada y certificada por las cartas de Perséfone. Se había convertido en un adicto terminal a la certeza absoluta en un mundo que, por definición fundamental, era completamente incierto en todo excepto en la inevitabilidad de la fecha final.

Pero el problema más grave y potencialmente peligroso para su integridad física llegó el jueves por la tarde en la forma de Liborio Camacho, un hombre de cincuenta y cinco años que había recibido una predicción que contradecía completamente sus planes de vida, y que había decidido —con una lógica tan retorcida como eficiente— que la solución más práctica era eliminar físicamente a la mensajera para cancelar el mensaje.

—Usted me informó categóricamente que me iba a morir el año próximo —le anunció con la tranquilidad escalofriante de quien está exponiendo un hecho científico que requiere corrección inmediata—. Y yo he tomado la decisión administrativa de que eso simplemente no va a suceder bajo ninguna circunstancia.

—Las predicciones no dependen de mi voluntad personal —respondió Perséfone, activando instintivamente todos sus sistemas de alerta interna—. Yo solo observo y reporto.

—Eso es exactamente lo que usted dice, pero la realidad operativa es diferente. Si usted no hubiera formulado esa predicción específica, yo no estaría programado para morirme el año siguiente. Es lógica causal básica.

—Las predicciones no causan los eventos futuros. Solo los identifican y reportan.

—Esa es su teoría personal, pero yo he estado investigando académicamente el tema, y existen teorías muy interesantes y científicamente respaldadas sobre cómo las profecías se cumplen precisamente porque alguien las enuncia con autoridad, no porque estén predeterminadas por el destino. Es el principio de la profecía autocumplida aplicado a escala individual.

Liborio había desarrollado una versión completamente personalizada de la teoría de la profecía autocumplida, según la cual Perséfone era directa y personalmente responsable de la muerte programada de todos sus clientes. Era una lógica que combinaba paranoia sistematizada, negación psicológica profunda, y una comprensión extraordinariamente creativa de los principios básicos de causalidad.

—¿Y qué propone hacer específicamente al respecto de esta situación?

—La solución es obvio desde cualquier perspectiva racional. Si usted no está físicamente presente para formular predicciones de muerte, las predicciones no pueden materializarse en la realidad. Es un problema que se resuelve eliminando la variable causante.

La amenaza era tan sutil como un martillo de demolición, pero tenía la ventaja perversa de estar fundamentada en una teoría filosófica lo suficientemente compleja como para sonar casi académicamente razonable. Perséfone se dio cuenta de que había encontrado al primer cliente que había decidido que asesinar a la vidente era una estrategia completamente válida de prevención de mortalidad personal.

—¿Ha considerado la alternativa más simple de no creer en las predicciones?

—Ya experimenté con esa posibilidad. Pero el problema fundamental es que funcionan con precisión estadística absoluta. La señora Florencia se murió exactamente cuando usted predijo, exactamente como usted describió, exactamente en las circunstancias que usted especificó. Eso significa que todas las demás predicciones también van a cumplirse con la misma precisión, a menos que alguien interrumpa el proceso en su origen.

Efectivamente, la señora Florencia Cáceres de Mondragón había fallecido el domingo anterior a las 11:23 de la mañana, mientras regaba sus plantas con la dedicación de quien no sabía que estaba ejecutando su última acción terrenal, exactamente como Perséfone había predicho con precisión cronométrica. La noticia se había propagado por el barrio con la velocidad característica de un escándalo político en época electoral, confirmando definitivamente las sospechas de todos sobre la precisión milimétrica de las predicciones de Perséfone y estableciendo el primer precedente oficial documentado de que sus visiones se cumplían al pie de la letra, sin excepciones ni variaciones interpretativas.

El funeral de doña Florencia había sido un evento socialmente extraño y psicológicamente perturbador, porque la mitad de los asistentes estaban llorando genuinamente por la muerte de la señora con el dolor tradicional del duelo, mientras que la otra mitad estaban celebrando discretamente —pero observablemente— la confirmación empírica de que Perséfone era la vidente auténtica que habían estado esperando encontrar durante toda su vida. Era posiblemente el primer velorio en la historia documentada que había funcionado simultáneamente como ceremonia fúnebre solemne y como evento de validación profesional, creando una atmósfera que mezclaba el dolor con la satisfacción científica de una manera que habría fascinado a cualquier antropólogo especializado en rituales mortuorios contemporáneos.

Esa noche, mientras contaba sus ganancias con una mezcla de satisfacción económica y perplejidad existencial creciente, Perséfone se encontró reflexionando profundamente sobre las consecuencias completamente imprevistas de su nueva carrera. Lo que había comenzado como un simple experimento en capitalizar sus habilidades sobrenaturales recién descubiertas, se había transformado en algo inmensamente más complicado: un fenómeno social que estaba afectando el comportamiento de todo el barrio de maneras que no había ni remotamente anticipado en sus cálculos empresariales originales.

Sus clientes no solo querían conocer su destino personal; querían controlarlo, modificarlo, negociarlo, o utilizarlo estratégicamente para manipular a otros. Algunos se habían vuelto temerariamente valientes hasta el punto de la imprudencia suicida, otros paralizadoramente cautelosos hasta la neurosis funcional, y al menos uno había decidido que la solución más eficiente a un futuro indeseable era eliminar físicamente a quien se lo había revelado.

Por primera vez desde que había descubierto sus poderes y había decidido monetizarlos, Perséfone se preguntó seriamente si realmente estaba ayudando a la gente o si simplemente estaba distribuyendo información que era demasiado peligrosa para ser compartida con seres humanos que claramente no estaban psicológicamente preparados para manejar conocimiento absoluto sobre su propia mortalidad. ¿Era ella moralmente responsable de las decisiones potencialmente autodestructivas que sus clientes tomaban basándose en sus predicciones? ¿Y qué demonios iba a pasar cuando más de sus predicciones comenzaran a cumplirse con precisión inquebrantable y la gente se diera cuenta de que el destino, aparentemente, era tan inflexible e innegociable como había sospechado desde siempre?

El universo, mientras tanto, observaba el desarrollo de los eventos con la satisfacción característica de un dramaturgo que ve cómo su obra toma exactamente los giros dramáticos que había meticulosamente planeado desde el primer acto. La fase cuatro de su plan maestro estaba a punto de comenzar, y prometía ser la más perturbadora y reveladora

de todas: el momento preciso en que Perséfone descubriría que conocer el futuro era solamente el primer paso en un proceso inmensamente más complejo, que involucraría decisiones morales y existenciales que ni siquiera un ser completamente omnisciente podría haber anticipado en su totalidad.

La fama, como descubriría muy pronto, era únicamente el primer acto de una obra considerablemente más larga, más peligrosa, y exponencialmente más complicada de lo que había imaginado en sus peores pesadillas empresariales.

Capítulo 7

La Visita Inesperada

El viernes por la tarde, cuando Perséfone ya había perdido la cuenta de cuántos clientes había procesado y cuántas fechas de defunción había anunciado con la rutina mecánica de quien lee el pronóstico del tiempo en televisión matutina, llegó una cliente que no compartía absolutamente nada con el desfile habitual de neuróticos, codiciosos, paranoicos y vengadores familiares que habían constituido su clientela regular durante las últimas semanas.

Para empezar, no había hecho fila.

La mujer apareció en su consultorio como si hubiera atravesado la pared por ósmosis, aunque Perséfone estaba casi segura de haber escuchado la puerta abrirse con el chirrido característico que había estado posponiendo aceitar desde que se instaló en el lugar. Era de edad absolutamente indeterminada —podría haber tenido treinta años o sesenta, dependiendo del ángulo de la luz y la perspectiva existencial del observador— y vestía un traje sastre negro tan elegante y perfectamente cortado que parecía haber sido diseñado específicamente para una ocasión solemne de extrema importancia, aunque no quedaba remotamente claro cuál podría ser esa ocasión ni por qué requeriría semejante nivel de formalidad funeraria.

Llevaba un maletín de piel que tenía el aspecto profesional de contener documentos extremadamente importantes o, alternatively, instrumentos quirúrgicos muy especializados y potencialmente peligrosos para la salud de quien fuera objeto de su aplicación.

—Buenas tardes —dijo con una voz que sonaba como si viniera de considerablemente más lejos que la distancia física que los separaba, aunque estaba sentada a menos de un metro de distancia en la silla de los clientes—. ¿Tiene unos minutos disponibles para una conversación de naturaleza profesional?

Perséfone sintió algo que no había experimentado desde que comenzó su carrera como consultora especializada en fechas de vencimiento humano: la sensación profundamente inquietante de que alguien sabía

algo fundamental que ella no sabía, y que ese algo era probablemente crucial para su supervivencia a largo plazo y posiblemente también a corto plazo.

—¿Es usted... una cliente potencial?

—En cierto sentido técnico, todas las personas vivientes son eventualmente mis clientes —respondió la mujer con una sonrisa que cumplía todos los requisitos formales para ser clasificada como sonrisa, pero que transmitía aproximadamente la misma calidez emocional que un refrigerador industrial en pleno funcionamiento—. Aunque normalmente no programamos citas previas con tanta anticipación.

—¿A qué se dedica específicamente?

—Recursos humanos. Departamento de terminación de contratos laborales.

Era una respuesta que sonaba completamente normal y absolutamente siniestra al mismo tiempo, como esas frases que aparecen en formularios gubernamentales y que técnicamente significan algo pero que uno sospecha que en realidad significan algo completamente diferente y considerablemente más ominoso. Perséfone había desarrollado un instinto bastante afinado para detectar cuándo las palabras aparentemente inocentes significaban exponencialmente más de lo que parecían significar en superficie, y en este momento todas las sirenas de alarma de su sistema de detección interno estaban sonando con la intensidad de una alerta antiaérea en tiempo de guerra.

—¿Y en qué puedo ayudarla exactamente?

—En realidad, vengo a ofrecerle ayuda profesional a usted. He estado monitoreando su trabajo durante las últimas semanas, y debo reconocer que ha sido... genuinamente impresionante desde una perspectiva estadística.

—¿Monitoreando?

—Su productividad ha sido excepcional. En cuatro semanas ha procesado más casos de consulta terminal que algunos de mis colegas más experimentados procesan en años enteros de trabajo. Tiene usted un talento completamente natural para esta área específica de actividad.

La mujer abrió su maletín con movimientos precisos y sacó una carpeta que contenía lo que parecían ser estadísticas extraordinariamente detalladas y gráficas que sugerían un nivel de análisis que trascendía ampliamente la observación casual. Perséfone alcanzó a distinguir tablas numéricas, proyecciones, curvas de rendimiento, y lo que inequívocamente parecían ser fotografías de alta resolución de algunos de sus clientes tomadas sin su conocimiento ni consentimiento.

—¿Ha estado... espiándome sistemáticamente?

—Estudiando su trabajo con fines de evaluación profesional. Es parte de mi función supervisora dentro de la organización. Y francamente, estoy impresionada por sus resultados, pero también profundamente preocupada por las implicaciones a largo plazo.

—¿Preocupada específicamente por qué?

—Porque está usted excediendo dramáticamente los parámetros normales de operación establecidos para actividades de este tipo. Su tasa de predicciones cumplidas es del cien por ciento, lo cual es estadísticamente improbable según nuestros modelos estándar, y su volumen de casos procesados está generando lo que llamamos... interferencias significativas en el sistema.

La mujer le mostró una gráfica particularmente compleja que parecía medir variables relacionadas con "flujo temporal", "estabilidad narrativa" y "coherencia causal". Perséfone no comprendía los detalles técnicos específicos, pero la tendencia general era claramente ascendente y pronunciada, y por alguna razón que no terminaba de entender completamente, eso no parecía ser una noticia positiva según la expresión de su visitante.

—No entiendo exactamente de qué me está hablando.

—¿Ha notado efectos secundarios inusuales en su trabajo cotidiano? ¿Comportamientos anómalos en sus clientes? ¿Situaciones que parecen demasiado convenientes, demasiado elaboradas, o demasiado teatralmente perfectas para ser meras coincidencias estadísticas?

Perséfone pensó inmediatamente en Crescencio tratando de negociar su fecha de muerte como si fuera una cita médica reprogramable, en las hermanas Cucurull desarrollando estrategias familiares basadas en el orden cronológico de defunción de sus parientes, en Liborio amenazándola porque había llegado a la conclusión de que ella era directamente responsable de su destino mortal. Pensó también en cómo la muerte de doña Florencia había ocurrido con una precisión que parecía más propia de una producción cinematográfica con presupuesto ilimitado que de la realidad cotidiana natural.

—Algunos de mis clientes han desarrollado comportamientos que podrían clasificarse como... peculiares.

—¿Peculiares en qué sentido específico?

—Actúan como si estuvieran interpretando personajes en una obra de teatro muy elaborada, o como protagonistas de una telenovela especialmente dramática. Como si alguien hubiera escrito sus personalidades específicamente para ser dramáticamente apropiadas y temáticamente coherentes con sus destinos predichos.

La mujer asintió con la satisfacción visible de quien acaba de recibir confirmación empírica de una hipótesis que había estado desarrollando durante considerablemente tiempo.

—Exactamente. Eso es lo que en nuestra terminología técnica llamamos "distorsión narrativa progresiva". Ocurre cuando alguien con habilidades como las tuyas opera sin los protocolos de seguridad adecuados y sin supervisión institucional apropiada. La realidad comienza a organizarse de maneras excesivamente dramáticas y temáticamente coherentes para acomodar las predicciones, como si el universo estuviera editándose a sí mismo para crear coherencia argumental.

—¿Los protocolos de seguridad adecuados?

—Licencias profesionales, permisos de operación, certificaciones de competencia, supervisión administrativa continua. ¿Usted posee algún tipo de documentación oficial que la autorice para ejercer como consultora en temas de mortalidad futura?

—No sabía que se necesitara documentación oficial para esto.

—¡Por supuesto que se necesita certificación profesional! —exclamó la mujer con genuina sorpresa—. ¿Usted se pondría en manos de un médico sin título universitario? ¿Contrataría los servicios de un abogado sin cédula profesional vigente? ¿Le confiaría sus ahorros a un contador sin licencia? ¿Por qué razón pensaría que manejar información privilegiada sobre la muerte futura de las personas es una actividad completamente no regulada?

Era una lógica tan impecable que resultaba embarazosa que Perséfone no la hubiera considerado previamente. En su entusiasmo emprendedor por monetizar sus habilidades sobrenaturales recién descubiertas, había asumido automáticamente que el don natural era calificación profesional suficiente, sin considerar ni remotamente que podría haber implicaciones burocráticas, legales y posiblemente cósmicas para conversar profesionalmente con el destino sin la documentación apropiada.

—¿Y dónde exactamente se consigue esa certificación?

—Esa es una conversación extraordinariamente larga y burocráticamente complicada que involucra formularios en triplicado, exámenes de competencia, períodos de prueba supervisada, referencias profesionales de al menos tres supervisores certificados, y documentación de antecedentes que usted muy probablemente no posee en este momento.

—¿Entonces qué específicamente sugiere que haga para resolver esta situación?

La mujer cerró su carpeta y la guardó en el maletín con la eficiencia mecánica de quien está acostumbrada a cerrar casos problemáticos de manera definitiva.

—Le sugiero encarecidamente que suspenda operaciones inmediatamente. Sin excepciones ni demoras.

—¿Perdón?

—Cierre su negocio. Ahora mismo. Suspenda todas las actividades, reembolse completamente a los clientes que tengan citas pendientes, y regrese a su vida anterior. Inmediatamente, antes de que las consecuencias se vuelvan permanentes e irreversibles.

—¿Qué tipo específico de consecuencias?

—¿Ha escuchado hablar del concepto académico de "profecía autocumplida"?

—Sí, tengo conocimiento básico del concepto.

—Perfecto. Ahora imagine una "realidad auto editante" a escala exponencial. Un mundo donde las cosas comienzan a suceder no porque estén destinadas a suceder según algún plan cósmico preestablecido, sino porque alguien las ha predicho con suficiente autoridad y credibilidad como para que el universo las considere inevitables y comience a reorganizar la causalidad para hacerlas cumplir.

La explicación sonaba como ciencia ficción de presupuesto universitario, pero también proporcionaba una explicación perfectamente coherente para el fenómeno que había estado observando: por qué sus clientes habían comenzado a comportarse como personajes perfectamente diseñados para sus propias tragedias personales, y por qué las situaciones que predecía tenían esa cualidad teatral y temáticamente coherente que las hacía parecer demasiado elaboradas y simbólicamente perfectas para ser meramente casuales.

—¿Y qué sucede específicamente si no cierro el negocio?

—Entonces las distorsiones van a intensificarse exponencialmente. Sus predicciones van a volverse progresivamente más elaboradas y cinematográficas, sus clientes van a desarrollar personalidades cada vez más extremas y temáticamente apropiadas, y eventualmente va a crear una situación de inestabilidad narrativa que ni usted ni yo ni mis superiores institucionales podemos controlar o revertir.

—¿Qué tipo específico de situación incontrolable?

La mujer la observó con una combinación de paciencia profesional y genuina preocupación que sugería que había manejado casos similares anteriormente.

—¿Recuerda la historia mitológica de la Caja de Pandora?

—Sí, conozco la referencia clásica.

—Imagine que usted es Pandora, pero que la caja contiene todas las muertes futuras programadas de todas las personas que existen actualmente, y que cada vez que hace una predicción específica, está abriendo la caja incrementalmente.

—¿Y qué sucede cuando se abre completamente?

—Esa es una pregunta cuya respuesta usted definitivamente prefiere no conocer. Créame absolutamente cuando le digo esto.

Perséfone permaneció en silencio durante varios minutos largos, procesando mentalmente una conversación que había comenzado como lo que parecía ser una consulta rutinaria de negocios y había evolucionado progresivamente hacia una negociación existencial con implicaciones que no terminaba de comprender completamente pero que instintivamente sabía que eran fundamentales para su supervivencia futura.

—¿Y usted quién es exactamente? ¿Para qué organización trabaja?

—Soy alguien cuyo trabajo depende fundamentalmente de que las cosas sucedan cuando tienen que suceder, como tienen que suceder, sin interferencias no autorizadas de consultores amateur que no comprenden completamente las consecuencias a largo plazo de sus acciones profesionales.

—¿Trabaja para alguna agencia gubernamental?

—Para una organización considerablemente más antigua y exponencialmente más eficiente que cualquier gobierno que haya existido jamás.

—¿Y si me niego categóricamente a cerrar el negocio?

La mujer sonrió nuevamente, pero esta vez la sonrisa tenía una cualidad definitiva y terminal que sugería claramente que la conversación había llegado a su punto natural de conclusión y que las opciones de negociación se habían agotado completamente.

—Entonces nos veremos obligados a implementar procedimientos alternativos de terminación de contrato laboral.

—¿Eso constituye una amenaza directa?

—Es una descripción precisa de protocolo operativo estándar. Nosotros invariablemente preferimos la cooperación voluntaria e informada, pero tenemos métodos alternativos perfectamente eficientes disponibles cuando la persuasión racional se demuestra insuficiente.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta con la tranquilidad absoluta de quien ha completado satisfactoriamente una tarea rutinaria dentro de los parámetros establecidos por el manual de procedimientos institucionales.

—Le concedo un plazo hasta el lunes por la mañana para tomar su decisión final. Después de esa fecha límite, la decisión se implementa automáticamente según protocolos estándar.

—¿Y cómo la contacto si decido cooperar voluntariamente?

—No necesita contactarme. Nosotros estaremos monitoreando la situación continuamente.

—¿Y si tengo preguntas adicionales?

—No las tendrá.

Salió del consultorio dejando a Perséfone con la sensación profundamente perturbadora de haber participado en una conversación que había alterado fundamentalmente las reglas de un juego que no sabía que estaba jugando, y que además había estado jugando incorrectamente desde el principio sin saberlo. Por primera vez desde que había descubierto sus poderes sobrenaturales y había decidido comercializarlos, se enfrentaba a la posibilidad concreta de que hubiera consecuencias institucionales y posiblemente físicas para usar habilidades que había asumido automáticamente que eran inherentemente suyas y que podía ejercer libremente.

La oficina se sintió diferente después de la partida de la mujer. No más fría exactamente, pero sí como si alguien hubiera alterado ligeramente las leyes de la física local para hacerle saber que estaba siendo observada por entidades que operaban según reglas que ella no conocía ni comprendía.

Esa noche, mientras reflexionaba sobre la visita de la mujer misteriosa en la soledad de su cuarto, donde las cucarachas sindicalizadas habían suspendido temporalmente sus actividades nocturnas como si también hubieran percibido que algo fundamental había cambiado en el orden natural de las cosas, Perséfone se dio cuenta de que había llegado al punto inevitable en que todas las historias de personas con poderes especiales llegan eventualmente: el momento preciso en que descubren que el poder viene acompañado de responsabilidades que no habían considerado, y que existen fuerzas en el universo que tienen opiniones muy específicas y aparentemente muy firmes sobre cómo, cuándo, dónde y bajo qué circunstancias esos poderes deben ser utilizados.

La pregunta que ahora la mantenía despierta, contemplando el techo con la intensidad de quien busca respuestas en patrones de humedad, era si estaba dispuesta a renunciar voluntariamente a su nueva carrera para evitar consecuencias que no terminaba de entender pero que instintivamente sabía que eran serias, o si prefería arriesgarse a descubrir exactamente qué tan graves y definitivas eran las amenazas de una mujer que había logrado hacer que una conversación aparentemente rutinaria sobre recursos humanos sonara como una negociación directa con representantes oficiales de la muerte institucionalizada.

El universo, mientras observaba el desarrollo de los eventos con la satisfacción característica de un director de orquesta que ve cómo todos los instrumentos se preparan para el crescendo final, se preparaba meticulosamente para la fase definitiva de su plan maestro: una fase que determinaría no solamente el destino personal de Perséfone, sino el futuro operativo de un sistema que había funcionado con eficiencia perfecta durante milenios, hasta que una vidente amateur con ambiciones empresariales había decidido convertir la muerte en un negocio de barrio sin leer primero el manual de instrucciones.

La elección que enfrentaba no era simplemente entre continuar o cerrar su negocio. Era entre permanecer humana o descubrir qué significaba realmente tener el poder de ver el final de todas las historias, excepto la propia.

Capítulo 8

El Precio de la Eternidad

El lunes por la mañana, Perséfone despertó con la determinación férrea de quien ha tomado una decisión trascendental después de una noche de insomnio filosófico que habría hecho sudar a Sócrates. Había decidido categóricamente que no cerraría su negocio. Después de todo, ¿qué podría ser objetivamente peor que volver a su vida anterior de empleada de oficina con habilidades sobrenaturales desperdiciadas, ganando un salario que apenas cubría la renta de un cuarto donde las cucarachas tenían mejor organización sindical que la mayoría de los trabajadores del país?

La amenaza de la mujer misteriosa le había parecido, en la fría luz de la retrospectiva matutina, como el tipo de intimidación corporativa sofisticada que usaban las grandes empresas transnacionales para eliminar a la competencia local mediante tácticas psicológicas diseñadas para asustar a los emprendedores independientes.

Su primer error estratégico fue asumir que el universo operaba bajo principios de libre mercado y competencia leal.

Su segundo error, considerablemente más grave, fue abrir la puerta del consultorio esa mañana y encontrarse con una fila que no solo se extendía hasta la esquina y alrededor de toda la manzana, sino que subía por la avenida principal, continuaba hasta el centro histórico de la ciudad, y aparentemente se ramificaba hacia otras colonias con la organización de una manifestación política pero con la desesperación existencial de una crisis religiosa colectiva.

Estos no eran los clientes habituales del barrio con sus neurosis domésticas y sus problemas hereditarios menores. Estas personas llevaban trajes que costaban más que el salario anual de Perséfone, maletines ejecutivos que parecían contener los secretos del capitalismo global, teléfonos celulares que valían más que algunos automóviles, y esa expresión de urgencia desesperada característica de quienes han descubierto que existe una solución definitiva y comercialmente disponible para la incertidumbre existencial que los ha atormentado durante toda su vida adulta.

La noticia de sus predicciones con precisión milimétrica había trascendido completamente los límites geográficos y socioeconómicos del barrio, y había llegado hasta los círculos donde la gente tenía suficiente dinero líquido como para pagar cualquier precio imaginable

por información privilegiada sobre el futuro, especialmente información que les permitiera planificar sus estrategias de supervivencia, inversión y manipulación social con décadas de anticipación.

En la fila había políticos que necesitaban saber urgentemente si sobrevivirían al próximo escándalo de corrupción que ya estaba siendo investigado por periodistas, empresarios que querían confirmar si sus inversiones a largo plazo en mercados emergentes tenían algún sentido económico o si deberían liquidar todo antes de la próxima crisis, celebridades que necesitaban calcular si su fama duraría lo suficiente para justificar los contratos publicitarios multimillonarios que estaban negociando, y un grupo particularmente desesperado de influencers digitales que requerían datos precisos sobre la longevidad de su relevancia cultural para decidir si valía la pena seguir invirtiendo en su imagen pública o si era momento de diversificar hacia otras actividades menos dependientes de la aprobación popular.

El primero en su lista reprogramada era el Licenciado Abundio Martínez Castellanos, un abogado especializado en testamentos y herencias que había desarrollado la teoría revolucionaria de que conocer las fechas exactas de muerte de sus clientes testamentarios le proporcionaría una ventaja competitiva absolutamente decisiva en el mercado legal especializado.

—Señorita Perséfone —anunció con la confianza característica de quien está a punto de revolucionar completamente una industria milenaria—, vengo a proponerle una asociación comercial que será mutuamente beneficiosa y potencialmente transformadora del sector legal.

—¿Qué tipo específico de asociación tiene en mente?

—Un esquema muy simple: usted me proporciona las fechas precisas de muerte de mis clientes testamentarios, junto con cualquier información adicional relevante sobre circunstancias y ubicación, y yo le transfiero un porcentaje competitivo de mis honorarios profesionales. Es un mercado completamente inexplorado: asesoría legal con información privilegiada directa del destino. Imagínese las posibilidades estratégicas.

Era una propuesta que combinaba la ambición empresarial desenfrenada con una comprensión extraordinariamente creativa de los límites éticos de la práctica legal profesional. Perséfone estaba formulando mentalmente una explicación sobre por qué esto constituía probablemente varios tipos diferentes de delito grave, cuando notó algo profundamente perturbador en las cartas que había extendido automáticamente sobre la mesa mientras hablaba.

No mostraban la muerte del Licenciado Martínez.

Mostraban su propia muerte.

Según las cartas, que por primera vez en semanas le estaban proporcionando información sobre su propio destino, Perséfone moriría

ese mismo día, precisamente a las 3:17 de la tarde, en circunstancias que las imágenes describían eufemísticamente como "laboralmente relacionadas" pero que claramente involucraban lo que parecía ser una discusión extremadamente acalorada con una mujer elegante vestida con un traje sastre negro, que terminaba con Perséfone en el suelo del consultorio mientras la mujer guardaba unos documentos en su maletín con la eficiencia administrativa de quien acaba de completar un trámite rutinario.

—¿Hay algún problema técnico? —preguntó el licenciado, notando astutamente que Perséfone había palidecido hasta alcanzar un tono cromático que normalmente se asocia con la leche descremada en ofertas de supermercado.

—No... no hay ningún problema operativo —mintió descaradamente, mientras barajaba las cartas con la desesperación frenética de quien espera que una segunda consulta del destino sea considerablemente más optimista que la primera, o al menos que ofrezca alguna cláusula de escape o posibilidad de negociación.

Pero la segunda lectura confirmó inexorablemente la primera. Y la tercera. Y la cuarta, quinta y sexta. No importaba cuántas veces consultara las cartas, todas mostraban exactamente la misma imagen con consistencia fotográfica: ella misma, definitivamente muerta, tirada en el piso de su propio consultorio, mientras la mujer del traje negro guardaba unos papeles oficiales en su maletín con la tranquilidad profesional de quien acaba de completar exitosamente un procedimiento administrativo estándar.

Fue en ese momento preciso cuando Perséfone experimentó una revelación que la golpeó con la fuerza destructiva de un camión de carga emocional a velocidad máxima: había pasado cuatro semanas completas prediciendo meticulosamente la muerte de otras personas sin considerar ni una sola vez que sus propios poderes podían ser dirigidos reflexivamente hacia ella misma. Era como un médico que nunca se había hecho un examen de salud, un contador que nunca había revisado sus propias finanzas, o un psicólogo que nunca había analizado sus propias neurosis.

El Licenciado Martínez la observaba con la paciencia profesional característica de quien está acostumbrado a que sus clientes tengan crisis existenciales profundas durante las consultas legales especializadas.

—¿Necesita un momento para recomponerse?

—Necesito cancelar inmediatamente todas mis citas del día.

—¿Por alguna razón específica?

—Porque aparentemente voy a estar muerta esta tarde.

Era una respuesta que técnicamente proporcionaba la información solicitada, pero que simultáneamente planteaba varias preguntas adicionales que el licenciado no estaba completamente seguro de querer formular. Había venido a discutir una oportunidad de negocio potencialmente lucrativa, no a participar como testigo en lo que parecía ser el colapso psicológico completo de una vidente profesional.

—¿Eso es... profesionalmente definitivo e irreversible?

Perséfone lo miró con la exasperación absoluta de quien está intentando procesar su propia mortalidad inminente mientras simultáneamente atiende preguntas rutinarias de servicio al cliente.

—Según mis predicciones, que hasta este momento han demostrado una tasa de exactitud del cien por ciento sin excepciones documentadas, voy a estar completamente muerta en aproximadamente cinco horas. Entonces sí, diría que es profesional, personal y existencialmente definitivo.

El licenciado consideró esta información desde la perspectiva práctica de alguien cuya especialidad profesional era precisamente manejar las consecuencias legales, administrativas y patrimoniales de la muerte de otras personas.

—¿Ha considerado la posibilidad de redactar un testamento de emergencia?

Era una pregunta simultáneamente práctica y completamente inapropiada para las circunstancias emocionales del momento. Pero también era exactamente el tipo de pregunta que un abogado especializado en herencias formularía instintivamente cuando se enfrenta a la noticia de una muerte inminente, porque su entrenamiento profesional lo había condicionado a ver cada defunción como una oportunidad de facturación potencial.

—¿En serio? ¿Esa es su respuesta empática cuando le comunico que me voy a morir?

—Es una respuesta profesionalmente responsable. Si usted va a fallecer esta tarde según sus propias predicciones, necesita asegurar urgentemente la disposición adecuada de sus bienes materiales, especialmente considerando que su negocio genera ingresos significativos y podría constituir un activo valioso para herederos potenciales.

Perséfone se dio cuenta de que había encontrado al único abogado en la historia documentada del derecho capaz de convertir una crisis existencial terminal en una oportunidad inmediata de facturación. Era simultáneamente impresionante en su falta absoluta de empatía humana y admirable en su eficiencia comercial inquebrantable.

—No poseo bienes materiales significativos que valga la pena heredar.

—¿Y los derechos comerciales asociados con su habilidad predictiva?

—¿Los qué exactamente?

—Sus poderes de vidente constituyen claramente un activo comercial con valor de mercado comprobado. ¿Ha considerado si esos derechos de propiedad intelectual pueden ser legalmente transferidos a herederos designados?

Era una pregunta que jamás había contemplado, y que planteaba implicaciones jurídicas fascinantes sobre la naturaleza legal de las habilidades sobrenaturales en el contexto del derecho sucesorio moderno. ¿Se podían efectivamente heredar los dones psíquicos? ¿Existían precedentes jurisprudenciales para la transmisión testamentaria de poderes paranormales? ¿Cómo se valorarían fiscalmente este tipo de activos intangibles?

Pero antes de que pudiera profundizar en las complejidades legales de la herencia sobrenatural, la puerta se abrió con un sonido que parecía venir de otra dimensión, y entró la mujer del traje sastre negro, cargando exactamente el mismo maletín profesional y mostrando precisamente la misma sonrisa que había demostrado ser tan profesionalmente cálida como un iglú ártico en plena temporada de congelación.

—Buenos días —saludó con la cortesía impecable de quien está a punto de iniciar un procedimiento administrativo completamente rutinario—. Observo que no siguió mi recomendación profesional sobre la suspensión inmediata de operaciones comerciales.

El Licenciado Martínez observó el intercambio con el interés agudo de quien reconoce instintivamente una situación que podría requerir servicios legales altamente especializados y potencialmente muy lucrativos.

—¿Es usted familiar directa de la señorita Perséfone?

—Soy su supervisora institucional. Departamento de recursos humanos, división de terminaciones de contrato.

—¿Y van a discutir asuntos relacionados con relaciones laborales?

—Vamos a proceder con la terminación definitiva de su contrato de servicios.

Perséfone consultó el reloj de pared con la precisión de quien está monitoreando una cuenta regresiva hacia su propia extinción. Eran exactamente las 3:10 de la tarde. Según sus predicciones, que jamás habían fallado, le quedaban exactamente siete minutos de existencia consciente en este plano de realidad. Por primera vez en cuatro semanas de carrera profesional como vidente, deseó fervientemente que sus poderes fueran completamente inexactos e inútiles.

—Licenciado —le dijo con la serenidad sobrenatural de quien está a punto de completar definitivamente todos sus asuntos pendientes—, creo que definitivamente necesito ese testamento de emergencia.

—¿Ahora mismo? ¿En este preciso momento?

—Inmediatamente. Sin demoras burocráticas.

El licenciado sacó un formulario testamentario básico de su maletín con la eficiencia mecánica de quien está profesionalmente acostumbrado a situaciones de emergencia hereditaria que requieren documentación legal inmediata.

—¿A quién específicamente desea designar como beneficiario de sus bienes?

—A don Hermenegildo Vázquez, el organizador de turnos y ex hipocondríaco. Él es la única persona que realmente comprendió la naturaleza fundamental de este negocio y sus implicaciones administrativas.

La mujer del traje negro observó la escena con la paciencia institucional de quien está acostumbrada a que las terminaciones de contrato involucren inevitablemente trámites burocráticos de último minuto que retrasan los procedimientos pero que son legalmente necesarios.

—¿Sería posible acelerar este proceso? Tengo una agenda muy apretada y otros casos que requieren atención esta tarde.

Era una solicitud perfectamente razonable desde la perspectiva de eficiencia laboral institucional, pero completamente surrealista desde cualquier otra perspectiva humana imaginable. Perséfone se encontró en la situación absolutamente única de tener que acelerar la redacción de su propio testamento porque su futura asesina tenía compromisos profesionales programados y no podía permitirse retrasos en su cronograma de terminaciones.

—¿Bienes específicos que desee enumerar? —preguntó el licenciado, escribiendo con velocidad profesional.

—Las cartas del tarot originales, la mesa de consultas, la silla de los clientes, la bola de cristal con todas sus grietas auténticas, y todos los derechos comerciales de cualquier predicción futura que alguien quiera realizar en este establecimiento, junto con la clientela establecida y el Good Will comercial asociado.

El licenciado escribía febrilmente mientras la mujer del traje negro consultaba su reloj con la impaciencia visible de quien está evaluando el impacto negativo de los retrasos operativos en su productividad laboral diaria.

—Documento completado —anunció el licenciado con satisfacción profesional—. ¿Necesitamos testigos para la validación legal?

—Es jurídicamente recomendable para evitar impugnaciones posteriores.

Perséfone miró a la mujer del traje negro con la desesperación existencial de quien necesita solicitar un favor personal de la persona que está a punto de eliminarla definitivamente.

—¿Podría usted firmar como testigo? Sé que es una situación irregular.

La mujer consideró la solicitud desde la perspectiva ética de alguien cuya especialidad profesional normalmente no incluía servicios notariales ni participación en trámites legales relacionados con personas cuyo contrato está a punto de terminar de manera permanente.

—¿Es éticamente apropiado que yo firme como testigo de un documento testamentario relacionado con alguien cuyo contrato estoy a punto de terminar por motivos administrativos?

—Es una pregunta jurídicamente interesante —admitió el licenciado con interés académico—. Técnicamente no existe conflicto de interés legal directo, aunque podría haber implicaciones éticas complejas que requerirían análisis especializado.

—En ese caso, puedo proporcionar mi firma como testigo.

Firmó el testamento con una caligrafía absolutamente perfecta y oficialmente legible, como si hubiera recibido entrenamiento institucional especializado en documentación formal de terminaciones de contrato con implicaciones legales.

—¿Algún asunto adicional que requiera resolución? —preguntó, guardando la pluma en su maletín con movimientos precisos.

Perséfone consultó el reloj una vez más. 3:16. Un minuto restante antes de su extinción programada.

—¿Puedo formular una pregunta sobre la justificación de este procedimiento?

—¿Qué específicamente desea saber?

—¿Por qué exactamente tengo que morir? ¿Qué violación específica cometí que amerita esta terminación definitiva?

La mujer del traje negro la observó con algo que podría haber sido genuina simpatía profesional, o posiblemente solo el reflejo condicionado de alguien entrenada para mostrar empatía administrativa durante procedimientos difíciles.

—No cometió ninguna violación intencional. Simplemente excedió los parámetros operativos establecidos para personas sin certificación profesional adecuada.

—¿Y cuáles específicamente eran esos parámetros que se suponía que debía conocer?

—Máximo diez predicciones mensuales, clientela exclusivamente local, y prohibición absoluta de predicciones que generen alteraciones significativas en patrones de comportamiento social o familiar.

—¿Cómo se suponía que iba a conocer esas regulaciones si nadie me las comunicó oficialmente?

—La información está claramente especificada en el manual de operaciones estándar para videntes principiantes. ¿No recibió su copia cuando se activaron sus habilidades?

—¡No recibí ningún manual de ningún tipo!

—Eso es... administrativamente irregular. Debería haber recibido automáticamente el paquete completo de orientación: manual de operaciones, formularios de certificación, directorio de supervisores regionales, guía de mejores prácticas para videntes principiantes, e información de contacto para casos de emergencia.

La conversación había tomado un giro hacia lo burocráticamente absurdo que resultaba completamente surreal, considerando que estaba programada para terminar con la eliminación física de uno de los participantes en aproximadamente treinta segundos.

—¿Entonces esta terminación se debe a un error administrativo?

—Parcialmente. Aunque también es factual que usted ignoró completamente la advertencia formal que le proporcioné el viernes anterior.

—¡Interpreté eso como una amenaza intimidatoria!

—Era un procedimiento estándar de notificación oficial. Las amenazas vienen implementadas posteriormente, si no hay cooperación voluntaria después de la notificación.

Perséfone miró el reloj con la precisión de quien monitorea una cuenta regresiva espacial. 3:17.

Nada sucedió.

3:18.

Continuaba definitivamente viva.

3:19.

Inequívocamente seguía existiendo.

La mujer del traje negro también consultó su dispositivo cronométrico, con la expresión profesional de quien está experimentando una falla técnica completamente inesperada en un procedimiento que normalmente opera sin problemas operativos de ningún tipo.

—Esto es... técnicamente inusual.

—¿Qué específicamente es inusual?

—Usted debería estar oficialmente muerta a estas alturas.

—¿Y por qué razón no estoy muerta según el cronograma establecido?

La mujer abrió su maletín y extrajo lo que parecía ser un dispositivo electrónico de diagnóstico extremadamente sofisticado, o posiblemente

un medidor ultra especializado de algo relacionado con estados de mortalidad y vitalidad.

—Según mis instrumentos de precisión, su terminación fue procesada correctamente y ejecutada a las 3:17 según protocolos estándar.

—Pero objetivamente estoy viva.

—Eso es técnicamente correcto e inexplicable.

El Licenciado Martínez observaba el intercambio con la fascinación académica de quien está presenciando una situación legal completamente inédita que podría establecer precedentes jurisprudenciales revolucionarios.

—¿Esta falla técnica invalida el testamento que acabamos de redactar?

—El testamento mantiene su validez legal completa —respondió la mujer del traje negro, todavía consultando su dispositivo diagnóstico con creciente perplejidad—. El problema es que el procedimiento de terminación falló en ejecutarse correctamente por razones que no están claras.

—¿Y qué implicaciones administrativas tiene esa falla?

—Significa que tengo que completar formularios de reporte explicando detalladamente por qué falló un procedimiento que es rutinario y que tradicionalmente tiene una tasa de éxito del cien por ciento, lo cual va a generar automáticamente una investigación administrativa formal que probablemente tome varias semanas en resolverse.

Era la primera vez que Perséfone observaba a la mujer del traje negro mostrar algo remotamente parecido a la frustración o la incomodidad profesional. Aparentemente, incluso las fuerzas cósmicas responsables de la administración del destino tenían que lidiar con papeles burocráticos, procedimientos de control de calidad, e investigaciones internas cuando los sistemas fallaban.

—¿Entonces definitivamente no me voy a morir hoy?

—No en este turno de trabajo. Tengo que reportar la falla del sistema y esperar instrucciones específicas de mis superiores institucionales sobre cómo proceder con este caso irregular.

—¿Y mientras tanto qué sucede conmigo?

—Mientras tanto, usted puede continuar operando su negocio, pero exclusivamente bajo supervisión directa y con estricto cumplimiento de todos los parámetros operativos establecidos en las regulaciones.

La mujer extrajo de su maletín un documento que parecía ser un contrato laboral estándar, excepto por las cláusulas especializadas relacionadas con "uso responsable de habilidades sobrenaturales", "manejo ético de información sobre mortalidad futura", y "cumplimiento de regulaciones cósmicas aplicables".

—Si firma este documento, puede mantener su negocio operativo mientras mis superiores resuelven los problemas administrativos que han surgido.

Perséfone leyó el contrato detenidamente. Era sorprendentemente razonable: máximo diez clientes semanales, predicciones limitadas a eventos que ocurrirían dentro de los próximos cinco años calendario, prohibición absoluta de alterar comportamientos sociales significativos, una cláusula que requería que proporcionara sus servicios gratuitamente un día completo al mes para "casos de interés público", y supervisión trimestral de calidad por parte de inspectores certificados.

—¿Y qué sucede específicamente si no firmo este contrato?

—Entonces implementamos procedimientos de terminación alternativos la próxima semana, después de que se complete la investigación administrativa sobre la falla del sistema.

—¿Los mismos procedimientos que fallaron hoy?

—Procedimientos mejorados y actualizados. Con redundancias de seguridad adicionales y protocolos de verificación múltiple.

Perséfone miró al Licenciado Martínez, quien había seguido toda la conversación con la atención concentrada de quien está presenciando el nacimiento de un área completamente nueva del derecho contractual con implicaciones que podrían revolucionar la práctica legal contemporánea.

—¿Qué opina usted desde una perspectiva jurídica?

—Profesionalmente, diría que es un contrato extraordinariamente favorable considerando las alternativas disponibles y las circunstancias específicas de negociación.

—¿Y desde una perspectiva personal?

—Personalmente, diría que acaba de descubrir que incluso las fuerzas cósmicas responsables del destino universal tienen jefes institucionales, y que aparentemente todos, sin excepción, tienen que seguir procedimientos administrativos de recursos humanos.

Perséfone firmó el contrato.

La mujer del traje negro guardó todos los documentos en su maletín con la satisfacción visible de quien ha resuelto exitosamente una situación administrativamente complicada dentro de los parámetros aceptables de eficiencia institucional.

—Mantendremos contacto regular para supervisión —anunció, dirigiéndose hacia la puerta con paso profesional—. Y recuerde estrictamente: máximo diez clientes por semana. Será monitoreada continuamente.

—¿Y el manual de operaciones que debería haber recibido originalmente?

—Lo recibirá por correo certificado dentro de cinco días hábiles.

Después de que se marchó, Perséfone y el Licenciado Martínez permanecieron en silencio durante varios minutos extensos, procesando mentalmente una experiencia que había comenzado como una consulta rutinaria de negocios, había evolucionado progresivamente hacia una crisis existencial con amenaza de muerte inminente, había incluido la redacción de emergencia de un testamento con validación notarial, y había terminado con la firma de un contrato laboral con lo que aparentemente era la burocracia administrativa del cosmos universal.

—¿Continúa interesado en la asociación comercial que propuso originalmente? —preguntó finalmente Perséfone.

—Más que nunca —respondió el licenciado con entusiasmo creciente—. Creo que acaba de abrir un mercado completamente nuevo y potencialmente lucrativo: servicios legales especializados para personas con habilidades sobrenaturales oficialmente reguladas. ¿Ha considerado cuántas otras personas podrían estar operando en condiciones similares sin los permisos administrativos adecuados?

Y así fue como Perséfone descubrió que incluso el destino inexorable tenía su propia estructura burocrática y departamentos de recursos humanos, que las habilidades sobrenaturales venían acompañadas de responsabilidades administrativas y obligaciones regulatorias, y que aparentemente el universo había decidido hace milenios que la mejor manera de manejar lo inexplicable era tratarlo exactamente como cualquier otro problema rutinario de gestión de personal institucional.

Seis meses después, su consultorio había evolucionado hacia algo que funcionaba simultáneamente como oficina de vidente certificada, bufete legal especializado en derecho paranormal, y centro de asesoría regulatoria para personas con habilidades sobrenaturales no documentadas. El Licenciado Martínez había desarrollado una especialidad extremadamente lucrativa en derecho paranormal y había escrito el primer manual académico sobre "Aspectos Legales de las Habilidades Sobrenaturales en el Marco Jurídico Contemporáneo". Don Hermenegildo había heredado las cartas originales y había establecido su propio negocio de predicciones (con todos los permisos oficiales correspondientes y supervisión trimestral), y Perséfone había descubierto que la vida era considerablemente más interesante y económicamente estable cuando estaba regulada por fuerzas que entendían tanto la importancia fundamental del destino como la necesidad práctica de mantener formularios actualizados y archivos organizados.

El universo, mientras tanto, había actualizado completamente sus procedimientos de capacitación para incluir la distribución automática de manuales de operaciones a todos los nuevos videntes, había implementado un sistema de notificaciones considerablemente más

claro para situaciones de cumplimiento regulatorio, y había creado un departamento completamente especializado en casos de videntes amateur que había demostrado ser exponencialmente más eficiente que los métodos tradicionales de terminación directa.

Porque al final, incluso la omnipotencia cósmica tenía que adaptarse a los tiempos modernos y a las expectativas contemporáneas de transparencia administrativa, y aparentemente eso incluía reconocer que algunas situaciones problemáticas se resolvían considerablemente mejor con documentación apropiada y procedimientos de recursos humanos que con intervención divina directa y terminaciones sumarias.

La eternidad, descubrió Perséfone, tenía un precio, pero ese precio no era necesariamente la muerte. Era simplemente completar los formularios correctos.

Epílogo

El Tiempo de la Última Vidente

Dicen que el tiempo no espera a nadie, pero lo cierto es que Perséfone había aprendido a esperarlo a él. Durante años después de firmar su contrato laboral con la burocracia cósmica, esperó pacientemente que el tiempo le susurrara al oído algún secreto adicional, algún indicio sobre su propio final, algún atajo hacia la comprensión total de su papel en el gran mecanismo del destino. Pero el tiempo, como había descubierto, era un conversador aún peor que los empleados de servicio al cliente: solo dejaba pistas crípticas, jamás explicaciones útiles.

El día que la pitonisa desapareció definitivamente, el aire del barrio se volvió extrañamente pesado, como si alguien hubiera suspendido una nota grave en el pentagrama invisible del universo y hubiera olvidado resolverla. Las palomas volaron más bajo de lo habitual, como si navegaran por una atmósfera más densa. Las hojas de los ficus del mercado no crujieron con su sonido característico cuando el viento las tocaba. Incluso Rigoberto, el tamalero que había instalado su puesto para atender a la clientela en espera, guardó un silencio reverencial cuando pasó frente al consultorio esa mañana y notó que algo fundamental había cambiado en el orden natural de las cosas.

No hubo cuerpo, ni sangre, ni carta de despedida elaborada.

Solo un reloj de arena... completamente detenido.

Don Hermenegildo, quien por derecho hereditario había asumido la administración del lugar, lo encontró sobre la mesa de consultas, exactamente a medio girar, con la arena suspendida en el aire como si hubiera olvidado las leyes básicas de la gravedad y hubiera decidido desafiar la física por razones puramente estéticas.

Perséfone se había marchado, eso era indiscutible. Pero ¿a dónde exactamente va alguien que conoce el final de todas las historias

excepto la propia? ¿Existe un departamento de recursos humanos para consultores que han cumplido su contrato temporal?

Esa noche, un archivo se activó automáticamente en un rincón administrativo olvidado del universo, en una oficina que no aparecía en ningún organigrama oficial. Un expediente cósmico clasificado: "CASO 742.130-A. *Anomalía Humana: Perséfone Figueroa*. Asunto: Resolución de Inestabilidad Temporal."

En sus páginas digitales se enumeraban meticulosamente todas sus predicciones exactas, los efectos colaterales documentados de su negocio en el comportamiento social del barrio, los clientes que habían modificado sus vidas —y en algunos casos sus muertes— basándose en la información que ella había proporcionado. Un expediente repleto de notas marginales en idiomas que no aparecían en ningún diccionario terrestre, observaciones del Comité Supervisor del Tiempo, y anotaciones de entidades sin forma física que escribían en jeroglíficos lógicos que desafiaban toda comprensión humana.

Según los reportes oficiales, la señora del traje sastre negro —a quien los archivos se referían simplemente como "Ella, Supervisora de División"— había perdido temporalmente el control de la línea estadística de mortalidad en su sector. Perséfone no solo predecía muertes con precisión absoluta: las reconfiguraba sin saberlo, alterando el tejido mismo de la causalidad. Algunas personas habían vivido considerablemente más de lo previsto por el sistema al implementar estrategias para evitar su hora programada. Otras habían fallecido prematuramente por obsesionarse morbosamente con sus fechas asignadas. Y unas cuantas —las más problemáticas desde una perspectiva administrativa— habían escapado completamente del archivo universal de mortalidad. Eran casos perdidos, estadísticamente indetectables. Eso, en términos de eficiencia cósmica, constituía una amenaza existencial al orden establecido.

Así que Ella había descendido personalmente a resolver la situación.

No como aparición terrorífica de túnica y guadaña, sino con la forma discreta más apropiada para el siglo XXI: una mujer sin edad determinable, vestida como funcionaria de registros civiles con autoridad para firmar certificados de defunción.

—Te excediste sistemáticamente en todos los parámetros —le había informado con voz que sonaba como estatua de mármol aprendiendo a hablar.

—No sabía que había reglas específicas —había respondido Perséfone sin levantar la vista de sus cartas, que ese día mostraban únicamente imágenes en blanco.

—Las reglas no necesitan ser anunciadas formalmente para existir. Son inherentes al sistema.

Hubo un silencio incómodo, como cuando alguien revisa tu historial de navegación en internet sin autorización previa.

—¿Y ahora qué procedimiento sigue? ¿Me van a borrar administrativamente?

Ella había sonreído. O había ejecutado algo funcionalmente equivalente a una sonrisa.

—Tienes tres opciones finales.

—¿Otra vez opciones múltiples? —había suspirado Perséfone—. ¿No hay novedades creativas en el menú cósmico?

Ella no había respondido inmediatamente. Solo había extendido una hoja oficial que parecía estar impresa en material que no existía en la tabla periódica.

Tres caminos, tres resoluciones definitivas:

Opción A: Puedes elegir el olvido completo y regresar a la ignorancia original. Volver a la charlatanería honesta de mercado, al teatro reconfortante de las veladoras aromáticas, al olor familiar del incienso que disfraza exitosamente la ausencia de fe genuina. Ser una farsante profesional pero éticamente consistente. No más verdades perturbadoras. Solo mentiras piadosas con garantía de satisfacción del cliente.

Opción B: Puedes aceptar el ascenso institucional y trabajar oficialmente para el Departamento Universal de Transiciones Existenciales. Dejar de ser humana por completo. Convertirte en asistente certificada del destino. Técnica especializada en cierres de expedientes vitales. Operaria de ausencias definitivas. Una Parca subcontratada, con prestaciones sociales y días libres programados en dimensiones donde el tiempo no aplica.

Opción C: Puedes simplemente morir según tu programación original y terminar completamente con esta irregularidad administrativa.

Perséfone, por primera vez en su carrera como vidente profesional, había solicitado tiempo adicional para considerar sus opciones, y le había sido concedido sin especificar la duración del plazo.

Fue durante ese período de reflexión cuando comenzaron los sueños reveladores.

Cada noche experimentaba una vida diferente. No la suya propia, sino las existencias de otros. Vidas alternativas y paralelas. Versiones de clientes que no había conocido aún en su realidad. Personas que ni siquiera habían nacido todavía. Niños jugando en parques que serían contruidos décadas después. Ancianos recordando guerras que no habían ocurrido. Mujeres dando a luz en hospitales del futuro. Adolescentes saltando desde edificios que aún no existían. Padres regresando del trabajo para descubrir que sus familias habían sido borradas de la realidad por errores administrativos cósmicos. Momentos

precisos antes de la muerte programada. Exactamente antes. Como si el universo le estuviera mostrando un catálogo completo: "Observa lo que provocaste con tus predicciones... y contempla también lo que podrías prevenir."

Los sueños se mezclaban progresivamente con las cartas del tarot, que ya no obedecían las leyes tradicionales de la adivinación. Una mañana, al intentar hacer una lectura rutinaria, había encontrado únicamente un naípe completamente desconocido: un espejo perfecto. Se había visto reflejada en él, pero no era exactamente ella. Era otra Perséfone, en otro plano de existencia, en otro tiempo, con otra vida completamente diferente. O posiblemente sin vida alguna.

Las cosas habían empeorado sistemáticamente. Las visiones comenzaron a superponerse y mezclarse como transmisiones de radio mal sintonizadas. Veía la muerte programada de una persona y simultáneamente percibía la reacción emocional de sus seres queridos. Luego observaba las reacciones de los seres queridos de esos seres queridos. Después, las implicaciones generacionales. La muerte, había descubierto con horror creciente, era viral como un meme de internet. Se propagaba a través de generaciones, familias, círculos sociales, afectando decisiones futuras durante décadas. Una cadena infinita de dolores interconectados por hilos invisibles pero inquebrantables. El efecto mariposa, pero en lugar de aleteos que causaban huracanes, eran funerales que generaban cascadas de otros funerales.

Entonces había comprendido algo absolutamente espantoso: no existe tal cosa como una muerte individual. Nadie muere completamente solo. Todos mueren *llevándose partes de otros consigo*. Con sus recuerdos compartidos, sus odios heredados, sus amores inconclusos y sus promesas rotas. El muerto se marchaba físicamente, pero dejaba muertos parciales distribuidos en todas las personas que lo habían conocido.

Y ella había estado activando esas reacciones en cadena sin detenerse jamás a contemplar el tsunami emocional que sus predicciones dejaban como consecuencia.

Una noche, cuando las revelaciones se habían vuelto insoportables, había regresado la sombra administrativa. Pero esta vez no había hablado en absoluto. Simplemente le había entregado un papel oficial. Una sola palabra escrita en caligrafía perfecta: "Decide. Ahora."

Perséfone había solicitado un día adicional para completar un asunto personal. Había utilizado ese tiempo para escribir una carta.

Cuando doña Chole, preocupada por los olores extraños y los rumores inquietantes que circulaban por el edificio, finalmente se había decidido a abrir el cuarto semanas después, había encontrado únicamente una mesa completamente vacía, una vela consumida hasta convertirse en

charco de cera, y una hoja de papel con caligrafía cuidadosamente elaborada:

"No me fui del mundo. Me multipliqué en él.

He comprendido finalmente que no importa cuándo exactamente morimos, sino cuántos fragmentos de nosotros mueren distribuidos en otras personas cuando llegue nuestro momento. He solicitado una cuarta opción que no estaba en el menú oficial. No morir según la programación. No olvidar lo aprendido. No servir a la burocracia cósmica. Simplemente advertir desde donde sea que me encuentre ahora.

Así que ahí va mi última predicción profesional, sin costo alguno: todos van a morir eventualmente, eso es estadísticamente inevitable. Pero algunos van a morir considerablemente menos porque van a aprender a vivir más conscientemente antes de que llegue su turno.

Si estás leyendo esta carta, significa que el tiempo te ha concedido una prórroga temporal. Aprovéchala sabiamente.

O si no... bueno, ya conoces mi opinión profesional: nadie puede reclamar que el boleto del final llegó sin aviso cuando se tomó el tiempo necesario para leer las instrucciones.

—P."

PD: Los formularios están en el cajón superior derecho, por si algún inspector viene a hacer auditoría.

Doña Chole se había persignado automáticamente, había cerrado la puerta con llave, y no había vuelto a abrirla jamás.

Esa misma semana, comenzaron a aparecer pequeños altares improvisados distribuidos por todo el barrio. No dedicados a Perséfone específicamente, sino que cada persona los había construido para sí misma. Una señora había prendido una veladora con la intención de dejar de odiar sistemáticamente a su hermana después de quince años de resentimiento cultivado. Un señor había decidido abandonar definitivamente el cigarrillo. Una adolescente había roto su relación con el novio emocionalmente tóxico. Un niño había abrazado a su madre espontáneamente, sin que nadie se lo solicitara. Pequeñas muertes simbólicas de versiones anteriores de sí mismos que ya no querían ser.

Hoy en día circulan rumores persistentes. Cuentan que en ciertos hospitales, justo antes de que algunos pacientes terminales exhalen su último aliento, reciben la visita discreta de una señora que huele ligeramente a canela y tiene una risa contenida pero genuinamente cálida. No lleva túnica dramática, sino un mandil práctico. No trae guadaña teatral, sino un mazo de cartas muy usadas y una expresión de comprensión absoluta. Y les dice con voz tranquilizadora:

—No tengas miedo del final. Solo vine a recordarte que todavía puedes elegir cómo morir... aunque ya no sea posible modificar el cuándo.

Y entonces, dicen los testigos, el paciente sonríe con una paz que no tenía momentos antes.

Y muere.

Pero no con terror existencial, sino con gratitud profunda. Porque a veces, lo único que realmente necesitamos para morir apropiadamente... es haber vivido sabiendo que la muerte estaba programada, y haber usado ese conocimiento para vivir más auténticamente cada día que nos fue concedido.

Porque al final, el tiempo exacto de la muerte no es lo que importa. Lo que cuenta es el tiempo exacto que dedicamos a vivir conscientemente mientras esperamos."